CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA
BOLSILIBROS



LAS MOMIAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

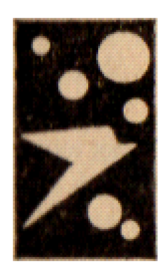
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

703 – El reino de Zora, *Joseph Berna*
704 – Proyecto liberación, *Ralph Barby*
705 – El imperio de Re-Apharax, *Kelltom McIntire*
706 – Mundo a la deriva, *Clark Carrados*
707 – Barbarroja en el espacio, *A. Thorkent*

RALPH BARBY

LAS MOMIAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 708
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 9.542 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición en esta colección en España: abril, 1984
2ª edición en esta colección en América: octubre, 1984

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

El gran atomcóptero, pintado de blanco y luciendo en el fuselaje las siglas correspondientes a la Unión de Arqueólogos Federales de la Tierra, U.A.F.T., acababa de adentrarse en las arenas del desierto egipcio rebasando el Nilo por la presa de Asuán.

La poderosa nave aérea, propulsada con energía atómica, poseía la maniobrabilidad de un helicóptero, pues en realidad el helicóptero era el padre del atomcóptero y el autogiro, su abuelo.

—Atención, atención, vamos a aterrizar —advirtió el comandante de la nave.

Los científicos que iban a bordo mostraron su impaciencia al mirar por las ventanillas.

El profesor Renoir tomó el micrófono y habló por él. A su lado, la bellísima Svetlana, una arqueóloga rusa, tomaba apuntes tras los últimos informes recibidos de la inspección infrarroja.

—Compañeros, colegas todos, esta visita colectiva de los más eminentes arqueólogos de la Tierra tiene por objeto mostrarles personalmente el gran hallazgo, lo que hasta ahora sólo han podido ver por video televisión. El hallazgo de la pirámide incógnita, efectuado por mi colega la camarada Svetlana y un servidor de ustedes, puede constituir el mayor descubrimiento en la arqueología egipcia desde el descubrimiento de la tumba de Tutankamón por los británicos lord Carnarvon y míster Howard Cárter.

Svetlana apenas oía a su colega, cuarenta años mayor que ella. Sabía bien, por haber trabajado en equipo con él, que era sumamente hablador, aunque su verborrea y vanidad quedaban perdonadas por la gran atención y meticulosidad que empleaba en su trabajo de investigación.

Corría el año dos mil dos y hacía tres años que trabajaban en el proyecto que estaba siendo coronado por el mayor de los éxitos científicos y arqueológicos.

El profesor Renoir, a través del micrófono de a bordo, siguió enumerando las grandes cualidades arqueológicas del equipo que lograra descubrir la gran pirámide ignorada.

Svetlana acercó su rostro a la ventanilla plástica.

El atomcóptero redujo su velocidad a novecientos kilómetros por hora y después, poco a poco, fue disminuyéndola hasta detenerse totalmente en el aire. Lo hizo muy cerca de la gran pirámide sobre el valle artificial.

Algo fantástico, jamás sospechado. Una pirámide del más puro y duro granito se alzaba apuntando al cielo con su orgullosa cúspide.

Aquella pirámide majestuosa estaba menos erosionada por el tiempo que sus hermanas menores del Bajo Egipto y tenía una altura de cuatrocientos veinte metros.

Hasta hacía muy poco tiempo, la gran pirámide había permanecido ignorada, totalmente oculta bajo las arenas del desierto.

Las investigaciones radiológicas del equipo de arqueólogos al mando del profesor Renoir habían detectado algo extraño y éste había dado orden de comenzar las excavaciones.

La cúspide de la monumental pirámide no había tardado en aparecer, pero por más que se ahondaba no se llegaba a la base de la pirámide que se abría de nuevo a la luz tras milenios de total enterramiento.

Ello obligó al profesor Renoir a solicitar más fondos para la investigación a la U.A.F.T., y las grandes excavadoras y pesados camiones no tardaron en llegar para proseguir las excavaciones.

Millones de metros cúbicos de arena tuvieron que ser trasladados para abrir aquella gran hoya en el desierto, una hoya que era casi un valle o como el cráter de un volcán gigantesco en cuyo centro se alzaba la enorme mole pétrea de la pirámide con cuatrocientos veinte metros de altura, algo verdaderamente impresionante.

Los ojos de los eminentes arqueólogos, sin distinción de política o credo, no podían dar crédito a lo que estaban viendo. Una cosa era construir un enorme rascacielos en los albores del siglo veintiuno que estaban viviendo, pero otra muy distinta alzar aquella gran masa de granito completamente uniforme, rabiosamente geométrica, tantos milenios atrás.

Toda la obra egipcia se hacía pequeña e insignificante ante la pirámide recién descubierta, una pirámide que, protegida por la arena, se conservaba en perfectas condiciones.

El encaje de los cubos y paralelepípedos de granito tenía una gran precisión, propia de laboratorio. El ensamblaje era tan cuidadoso que a todas luces hacía innecesario el cemento para la unión de las piedras.

—Fantástico —exclamó sincero uno de los profesores.

El atomcóptero, casi silenciosamente, sólo con un leve silbido, tomó tierra en el centro del campamento situado al pie de la gran pirámide.

Poco después, el equipo de científicos descendía del aparato.

—¿No hay posibilidad de que sea todavía más alta?

Fue Svetlana, que escondía sus ojos azul-turquesa tras unos lentes de levísimo material plástico, más transparente, liviano e irrompible que el cristal, quien respondió:

—Ya no se puede socavar más. Debajo de la última línea de bloques de piedra se halla la roca pura que oculta la arena. La gran

pirámide fue construida sobre una masa rocosa que ya no puede descarnarse más, so pena de poner en peligro la propia pirámide.

Los científicos quedaron satisfechos igualmente. Aquella pirámide, cuya cúspide no rebasaba el nivel normal del suelo del desierto, parecía imposible que pudiera tener cuatrocientos veinte metros de altura. Quienes la habían construido, ¿lo habían hecho sobre un valle de fondo rocoso, cubriéndola después con arena para hacerla desaparecer o había sido la propia Naturaleza quien la ocultara, protegiéndola así? Era un misterio que sería muy difícil de aclarar, todos lo sabían.

—¿Han averiguado ya dónde está la entrada de la gran pirámide? —preguntó el científico suizo.

El profesor Renoir, con amplios movimientos de sus brazos, respondió:

—No, todavía no; esperábamos la presencia de ustedes. A partir de hoy comenzaremos el sondeo por ondas láser y radiológicas si es necesario. Le haremos radiografías, lo que va a ser muy laborioso habida cuenta de lo gigantesca que es, pero terminaremos por desentrañar el enigma de su entrada. Penetraremos en su interior y sacaremos a la luz su secreto. Tengan en cuenta que esta tumba, por enterrada, no ha sido violada a lo largo de los milenios y cuanto contenga se halla intacto en su interior. Si una tumba minúscula como la de Tutankamón contenía tantas riquezas, no es ninguna tontería pensar que esta pirámide, proporcionalmente, contendrá un tesoro fabuloso, inimaginable. ¿Se dan cuenta de lo que digo? ¡Una pirámide no saqueada jamás, jamás! —repitió con énfasis.

Todos estaban vivamente interesados y emocionados.

El gran secreto de una pirámide no tardaría en desvelarse ante sus ojos ansiosos de asombro, ansiosos de descubrir. La historia de la egiptología se enriquecería al tiempo que la arqueología mundial. ¿Cuántos secretos sobre la vida egipcia desvelaría aquella macro pirámide?

Svetlana, alzando su voz, dijo con cierta sequedad:

—Camaradas, creo que ya la han visto. Ahora, vayamos a comer, repondremos nuestras fuerzas. Habrá tiempo sobrado para comenzar el estudio de la pirámide sin nombre. No creo que mientras durmamos vaya a llevársela nadie.

Se escucharon risitas. Era obvio que nadie iba a hurtar aquella pirámide de granito, más alta que una montaña y que pesaría millones de toneladas.

Optaron por seguir las indicaciones de Svetlana. Después de todo, la pirámide había sido ya vista por sus propios ojos, no se trataba de un truco televisivo lo que la había hecho aparecer tan alta y enorme. Estaba allí, no era un bluff arqueológico.

Svetlana se encargaría de repartir unas hojas fotocopiadas conteniendo todos los detalles observados hasta el momento sobre las mediciones efectuadas a la gran pirámide sin nombre.

*

Dos horas más tarde, los científicos estaban dispuestos para investigar.

El honor del descubrimiento sólo cabía al profesor Renoir y a la profesora Svetlana, que pese a su juventud estaba científicamente preparada.

—Utilizaremos dos mini-atomcópteros —advirtió Renoir—. Lo siento, pero irán un poco apretados.

En efecto, los mini-atom eran naves aéreas pequeñas, de gran maniobrabilidad que desafiaban a la gravedad de la Tierra con éxito por su parte. El profesor Renoir se hizo cargo del mando de uno de ellos y Svetlana del otro.

Las piedras de la pirámide fueron escrutadas por los ojos ansiosos de los arqueólogos. Todos querían descubrir la misma cosa: la entrada. Quien la hallara el primero, dejaría su nombre grabado en la historia de la arqueología y éste era un honor que no se conseguía con facilidad.

—La pirámide emite radiaciones atómicas —advirtió de pronto el profesor Doménico, de Italia, mostrando un Geiger en su mano.

Svetlana, que comandaba la nave en la que viajaba el italiano, inquirió con una sonrisa:

—¿No estará captando las radiaciones atómicas de nuestra propia nave?

—No, profesora Svetlana. Este detector Geiger que traigo conmigo es de acusadísima sensibilidad, pero sólo capta las radiaciones que llegan a la boca de captación en línea recta. Es un aparato que permite detectar el fluido de una radiación atómica a gran distancia, señalando con exactitud, sin posible error mínimo, el epicentro de la radiación.

—Bien, profesor Doménico. Si insiste en su teoría se la comunicaremos al profesor Renoir.

Svetlana dio conexión a una llave y llamó a través del micro mientras en su propia nave se hacían los más variados comentarios sobre el fenómeno descubierto por el italiano.

—Atención, atención, profesor Renoir, aquí la camarada Svetlana. Atención, responda.

—La escucho, camarada Svetlana. ¿Ocurre algo en su nave? —preguntó un tanto molesto, ya que interrumpía la disertación que estaba dando a sus acompañantes sobre sus teorías acerca de la gran

pirámide.

—El profesor Doménico ha captado radiaciones atómicas en la pirámide.

—¿Radiaciones atómicas? —repitió sorprendido—. Serán las propias de nuestras naves, aunque es raro porque sus elementos de plutonio están muy bien protegidos.

—El profesor Doménico insiste en que las radiaciones no provienen de las naves sino de la pirámide y todos a bordo opinan que se trata de un gran descubrimiento, ya que el profesor insiste en que las radiaciones son emitidas por la masa pétrea. En su interior debe de haber gran intensidad de radiación.

A regañadientes, Renoir asintió:

—Bien, descenderemos de las naves y alejándolas podremos comprobar la teoría del profesor Doménico que puede ser ciertamente interesante.

Se armó un revuelo entre los arqueólogos. El hallazgo era de suma importancia.

Los mini-atom descendieron tras el campamento y los científicos se arremolinaron esta vez en torno al profesor Doménico y su contador Geiger de extraordinaria sensibilidad.

El profesor Renoir, observado de cerca por Svetlana, carraspeó antes de decir:

—Esperemos que el hallazgo del profesor Doménico, nuestro querido colega, sea demostrable ahora mismo. Por otra parte, no debemos de exaltarnos demasiado. Según manifestó en su día la ciudad atómica de Oakridge, en Estados Unidos, se tiene conocimiento de que varias han sido las pirámides que poseían radiaciones más o menos leves, suponiéndose que los antiguos egipcios conocían el secreto del átomo. Durante mucho tiempo se ha sostenido que la venganza de Tutankamón no eran más que radiaciones atómicas que fueron matando a quienes se habían expuesto a ellas. Acerquémonos a la pirámide, profesor.

—Sí, sí, en seguida. Todos ardemos de curiosidad pues, por lo visto, las radiaciones atómicas que hay dentro de la pirámide son importantes.

—¿Habrá un artefacto nuclear en ellas? —se preguntó el profesor suizo.

El norteamericano, pensativo, observó:

—¿No construirían esta pirámide los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y comenzaron sus trabajos atómicos aquí, donde nadie los buscara? Después de todo, la pirámide, salvo su forma, no tiene ningún símbolo que nos la identifique como egipcia.

Al profesor Renoir no le gustó mucho aquella observación. Fue Svetlana quien salvó la situación objetando:

—Si observan las notas que les hemos entregado verán que se han hecho análisis al carbono para determinar la edad de las piedras cortadas, es decir, de los bloques que componen la pirámide. Se puede determinar, con bastante precisión, que tiene de seis a siete mil años pese a que ha estado oculta por la arena. El laboratorio al que se han llevado las muestras es de gran precisión y todo su material analítico procede del año dos mil.

—Exacto. No hay duda, colega, no hay duda. La camarada Svetlana tiene toda la razón.

Rebatida la teoría del norteamericano, se fueron acercando todos a la gran pirámide junto al profesor Doménico que llevaba el Geiger.

—¡Fíjense, fíjense, a medida que nos acercamos a la pirámide el contador Geiger detecta más y más radiaciones! —exclamó—. No cabe duda alguna de que la pirámide encierra en su corazón elementos atómicos.

El profesor Renoir no pudo por menos que aceptar el hecho pero tratando de que la situación no se le escapara de las manos, determinó:

—Ante el hecho evidente de la existencia de las radiaciones atómicas comunicaremos el hallazgo por videoteléfono a la superioridad. Nosotros somos arqueólogos, no técnicos atómicos. La superioridad del U.A.F.T., desde sus oficinas de Brasilia, decidirá.

Todos asintieron. El hallazgo retrasaría un poco el trabajo pero podrían seguir investigando radiológicamente la pirámide en busca de la puerta. Si había suerte y ésta era localizada, no podría tocarse hasta que los técnicos atómicos estuvieran presentes para evitar una catástrofe.

Todos escrutaban la gran pirámide, ansiando descubrir el secreto que encerraba en su mole pétrea, de perfecta figura geométrica.

Svetlana comenzó a mirarla inquieta. Ella no había advertido la radiación atómica de la pirámide. El hallazgo había sido casi fortuito y podía ser de gran valor porque quizá existiera alguna clase de vida en su interior y si la había, ¿qué clase de vida sería?

Estaba segura de que no tardarían en saberlo, sin embargo, tuvo la premonición de que descubrirían algo nefasto, catastrófico, algo maligno. ¿Una corazonada? Sí, eso era, una corazonada de mujer. Pensó que era mejor silenciarla. Estaba considerada como una gran experta, pero si decía algo respecto a su corazonada, todos le sonreirían amistosamente y volverían a recordar que era una mujer, una mujer inteligente pero mujer al fin y al cabo.

El paso de las décadas no había colocado a la mujer totalmente en igualdad de condiciones con el hombre.

Callaría, sí, callaría. Después de todo, su frío cerebro de científica también comenzaba a dudar de su propia intuición que, por unos

instantes, la había angustiado como se hubiera asustado una criatura ante la aparición de un espectro nocturno a los pies de su cama.

CAPITULO II

La aeronave pentasónica, pintada de azul y con las siglas ONU, bien visibles, se detuvo en el cielo egipcio. Descendió vertical sobre el campamento de arqueólogos que estudiaban la gran pirámide sin nombre.

La nave pentasónica era de las del tipo patrulla y control. Naves como aquella se hacían notar rápidamente en cualquier parte de la tierra donde podía gestarse alguna guerra. Su presencia bastaba para disuadir a los belicosos.

Desde que en el año 1990 la ONU detuviera lo que ya parecía Tercera Guerra Mundial, lo que hubiera representado la destrucción total de la humanidad, se había hecho cargo ésta del control universal.

Sólo cinco ciudades en la Tierra habían sido arrasadas por los proyectiles nucleares intercontinentales, cinco ciudades que habían dado medida de lo que podía resultar la tercera conflagración si seguían adelante.

La llamada de angustia de las Naciones Unidas había detenido el cataclismo. Después, mediante una asamblea general con asistencia de todos los jefes de estado de la Tierra, se había acordado por unanimidad el desarme total de todas las naciones del globo terráqueo.

Cada nación sólo podía tener su fuerza de policía interior. Los ejércitos habían sido abolidos para crear uno solo: el ejército de la ONU. Poderosísimo, bien pertrechado, con hombres voluntarios para defender la Tierra a través de la bandera de las Naciones Unidas. Ya no había ejército pequeño que pudiera crecer, porque los hombres de la ONU se presentaban, destruían todo el material bélico, capturaban a los militaristas y éstos eran trasladados al Tribunal Internacional de La Haya, organismo dependiente de la ONU. Allí eran juzgados y condenados por un tribunal heterogéneo en razas y credos.

Cuando la nave pentasónica quedó quieta, un aircraft con los arqueólogos a bordo se acercó rápidamente a la nave recién llegada, resbalando sobre el colchón de aire que lo mantenía a seis pies del suelo, a salvo de baches o accidentes del terreno.

Del interior de la nave pentasónica salió un hombre muy alto, de ojos acerados y abundante cabello negro. Lucía en sus bocamangas y sobre sus hombros las insignias de capitán, lo que equivalía a ser el comandante de la nave patrulla, un auténtico récord a juzgar por su juventud.

Tras el capitán aparecieron doce hombres armados con fusiles

Laser. Ellos componían la dotación de la nave. Después bajaron dos hombres más, sin armas, también con el uniforme de la ONU, y luciendo la graduación de tenientes.

—¿Quién es el profesor Renoir? —inquirió el capitán con su voz grave y bien timbrada, muy masculina.

—Yo soy, capitán...

—Kramer, capitán Kramer. Profesor Renoir, supongo que todos los profesores que le acompañan tienen nombre, al igual que mis hombres. No perdamos tiempo en presentarlos mutuamente, luego tampoco recordaríamos sus nombres.

Svetlana, oculta en parte tras sus gafas, pensó que el capitán Kramer resultaba antipático y engreído.

—Como guste, capitán Kramer —asintió Renoir ante la dureza del oficial de patrulla aérea, acostumbrado a intervenir en los lugares más peligrosos y arriesgados, enfrentándose a gentes siempre deseosas de guerra cuando toda la Tierra clamaba por vivir en paz.

—Tenientes, acérquense —ordenó el capitán. Ambos oficiales obedecieron y al llegar a su altura, Kramer puntualizó—: Los tenientes Onopoulus y Edgar son los especialistas atómicos. Ellos se encargarán de determinar si hay peligro o no. Si lo hay, no tendré más remedio que pedirles que levanten todo su campamento y decirles adiós hasta que hayamos controlado la situación o anulado totalmente las radiaciones y el peligro que ellas entrañan.

Todos los profesores, un tanto molestos, cuchichearon entre sí. La brusquedad del capitán Kramer y sus observaciones no gustaron a nadie.

Svetlana se adelantó observando:

—Ustedes son miembros activos de la ONU, ¿no es así, capitán?

—En efecto, señorita.

—Profesora Svetlana, si no le molesta.

—De acuerdo, profesora Svetlana.

—Pues bien, no tiene ningún privilegio sobre nosotros, ya que también somos miembros activos de la ONU.

—No lo dudo, pero desde el momento en que se realizó la llamada de advertencia a la superioridad a causa del peligro que aquí pueda existir, el campamento queda bajo mi responsabilidad y autoridad. Es bueno para todos que así lo entiendan. —De nuevo, murmullos y protestas. A Svetlana le chispearon los ojos de rabia ante la insolencia del recién llegado, quien cruzando las manos a la espalda prosiguió—: Cuando quede demostrado que no existe peligro alguno y tras comunicarlo a la superioridad, mi patrulla será destinada a otra parte de la Tierra. Este campamento volverá a ser totalmente suyo, señores profesores, y cuando llegue ese caso, ojalá sea pronto, sólo les diré que investiguen a fondo y que tengan suerte. Hombres como ustedes

son los que hacen falta a nuestra civilización pero mientras, espero que no me crearán problemas o deberé comportarme con severidad.

—Perdonavidas.

Como el epíteto de Svetlana no había llegado claro a los oídos del capitán por salir mascado entre los dientes, el oficial preguntó:

—¿Decía algo, señorita? Perdón, profesora Svetlana.

Ella sonrió agresiva.

—Supongo que traerá una orden de la superioridad que demuestre que es usted poseedor de tantos atributos y virtudes, ¿no?

—Por supuesto que tengo esa orden. Profesor Renoir, si lo desea, podrá verla en la pantalla de la programadora de la nave.

—Oh no, no es necesario —se apresuró a decir Renoir pensando que estando a mal con el capitán Kramer todo iba a funcionar peor en el campamento y ya se habían puesto suficientemente tensas las relaciones para agravarlas aún más.

El profesor Renoir maldijo interiormente al profesor Doménico por haber llevado su Geiger y a sí mismo por apresurarse a avisar a la superioridad, que en vez de enviarle a un par de científicos atómicos le habían mandado a un mastín de presa acompañado de una jauría de lobos. La investigación de la pirámide podía haber adelantado mucho si se hubieran callado, pero ahora ya era tarde. No podían retroceder. La figura alta y dominante del capitán Kramer estaba allí, pisando con sus botas de reglamento la ardiente arena del desierto.

—Bien, capitán —aceptó el profesor Renoir—. Está usted aquí para protegernos.

—¿De las maldiciones de los faraones? —preguntó Svetlana, burlona.

El profesor Doménico, que olía un poco a alcohol, ya que evidentemente bebía en exceso, observó excitado:

—Eso sólo son chismes para la Prensa sensacionalista.

—Debo de protegerles a ustedes pero a quien debo de proteger en realidad es a toda nuestra civilización.

—¿Y ya podrá usted solo? —inquirió Svetlana sin disimular su intención de herir al capitán.

—Yo solo, no. Aquí está toda la patrulla pentasónica y dos especialistas atómicos instruidos en Oakridge.

—Bien, capitán. Cuando usted disponga abriremos el gran mausoleo que jamás haya visto ojo humano, la gran tumba de la pirámide ignorada.

—¿Han descubierto ya la puerta?

El profesor Renoir, en voz alta, haciéndose portavoz de todos, explicó:

—Mediante nuestros exámenes radiológicos hemos descubierto un lugar que bien pudiera ser la entrada de la tumba aunque sabido es

que las grandes pirámides poseen varias entradas falsas para despistar a los ladrones de tumbas que a lo largo de los milenios las han saqueado. Es una posibilidad a exprimir. Si resultara falsa seguiríamos buscando.

—De acuerdo. Mañana, según los datos que obtengan los tenientes, veremos de abrir esa entrada.

—¿Mañana? —repitió decepcionado el profesor Renoir.

—¿Qué sucede con mañana, acaso será demasiado tarde?

—No lo entenderían, capitán —suspiró Svetlana—. Todos estamos ansiosos de desvelar los secretos de esta pirámide tan extraña como original. El profesor Renoir y yo, junto con los fellaghs, llevamos aquí tres años haciendo sacar cuidadosamente la arena sin que la pirámide reciba un solo rasguño y ya nos cansamos de esperar, máxime ahora que con la ayuda de nuestros colegas hemos descubierto una puerta.

—Si han esperado tres años, bien pueden esperar unas horas más. Los tenientes Onopoulus y Edgar deben de asegurarse de que no hay peligro, controlando cualquier fluido radiactivo que podría matarles a ustedes. La ansiedad no deja de ser una forma de suicidio.

El diálogo quedó cortado.

Los científicos se habían llevado una decepción, mas no les quedaba otra alternativa que esperar al día siguiente. El capitán Kramer era ahora la primera autoridad del campamento y aunque un tanto insolente y autoritario parecía un buen cumplidor de su deber, él sabría protegerles de cuanto pudiera suceder.

Después de todo, aquella noche no dejarían de soñar en las maldiciones faraónicas. ¿Les ocurriría a ellos como a los descubridores de la tumba de Tutankamón?

Los técnicos oficiales de la ciudad atómica de Oakridge habían tomado sus medidas, pero sus datos sólo habían sido comunicados al capitán Kramer y éste no abría la boca más que para fumar mientras a la luz de una bombilla halógena, que iluminaba su tienda de campaña y a la vez repelía toda clase de insectos (una bombilla inventada quince años atrás con un gran éxito para desiertos, marismas y pantanos), tecleaba sobre su pequeña máquina en la que nada aparecía escrito por parte alguna. Cuanto escribía en ella era transferido al cerebro electrónico de la nave pentasónica a través de las ondas y allí era acumulado. A las horas convenidas enviaría automáticamente sus partes a la superioridad de las Naciones Unidas.

Los profesores se habían reunido en tres grupos. Uno de ellos permanecía silencioso, pensativo o revisando sus datos sobre la gran pirámide. Otro grupo jugaba a los naipes y un tercero charlaba y bebía, en especial el profesor italiano.

Svetlana, disimulando su impaciencia, fumaba un cigarrillo en aquella noche clara, dos días antes del plenilunio. Como

distraídamente se acercó a la tienda del capitán Kramer.

—¿Una mariposa revoloteando alrededor de la luz? —preguntó el joven y duro capitán sin mirarla.

Ella se volvió, pues se hallaba de espaldas al oficial. Sarcástica preguntó:

—¿Quién es la luz, usted o la lámpara?

Kramer se echó atrás en la silla, dejando de transcribir sus pensamientos al teclado de la máquina.

—Ande, acérquese.

—¿Es que un hombre tan ocupado como usted tiene un ratito de ocio?

—No es ocio lo que busco. No estoy llamando a la chica hermosa que es usted.

—¿Debo de anotarlo como un halago? —preguntó sin decidirse a acercarse y acomodarse en la silla libre que había al otro lado de la mesa.

—Yo no halago, sólo digo verdades, gusten o no. Con quien quiero charlar un poco es con la profesora Svetlana, ¿o prefiere que le llame la arqueóloga, la egiptóloga o la piramidóloga?

—¿Se las da de erudito en la materia?

—No, sólo de simple aficionado. Opino que debo de documentarme un poco sobre este asunto. Cuando me destinaron a esta misión no me dieron tiempo para documentarme un poco con algunas lecciones audiovisuales sobre la materia.

—En ese caso, sí acepto la silla. Será divertido convertirme en monitora del orgulloso capitán Kramer.

El la miró fijo, su rostro hermético no reveló nada. Se tragó el humo de su cigarrillo y semejó que éste había pasado a sus venas a través de los pulmones porque transcurrían los segundos y no lo expulsaba. Al fin, lenta, casi imperceptiblemente, el humo fue saliendo por los orificios nasales.

—¿Qué tiene de particular esta pirámide que no posean las otras, salvo la radiactividad, claro?

—Es más alta. ¿No se ha dado cuenta?

—Sí, es un poco grande.

La observó con sólo ladear la cabeza. La gran luna parecía suspendida sobre la cúspide del enorme mausoleo.

—Bien, si poseyera un poco más de cultura egipcia sabría que la pirámide de Keops mide…

—Ciento cuarenta y nueve metros de altura.

—Vaya, lo sabe —exclamó sorprendida.

—Sí, ese detalle lo aprendí en la enseñanza secundaria y al parecer no tengo tan mala memoria.

—Magnífico, así ganaremos tiempo. Sabrá también que su altura

es equivalente y proporcional a la distancia que existe entre la Tierra y el Sol.

—Sí, ya. La distancia de la Tierra al Sol es de ciento cuarenta y nueve millones de kilómetros, millón más o menos.

—Exacto. Pues bien, la pirámide que tiene junto a usted mide cuatrocientos veinte metros, casi tres veces la de Keops.

—Sí, ya veo que es más gorda y disculpe la vulgaridad de mi expresión.

—Le añadiré que la distancia es también proporcional y equivalente a...

—¿A Venus, por casualidad?

—¿Lo sabía ya? —se asombró.

—No, pero me enseñaron a calcular con rapidez y como resulta que quienes hemos llegado al cargo de comandantes de pentasónica hemos tenido que empollarnos hasta la anatomía, sé que la distancia entre la Tierra y Venus son cuarenta y dos millones de kilómetros. Si la proporción fuera la misma que la de Keops, esta pirámide tendría que medir cuarenta y dos metros, pero como ya hemos dicho que es la gorda, se multiplica por diez y en lugar de una pirámide tenemos un piramidón.

—Es usted chistoso pero también muy rápido en el cálculo, tengo que admitirlo.

—Sigamos. ¿Qué otra particularidad tiene esta pirámide que les preocupa tanto que no posean las otras pirámides? Después de todo, dentro van a hallar momia más momia menos.

—En esta pirámide no existe simbología gráfica ni escultórica alguna.

—Ya. No hay jeroglíficos, escritura hierática ni demótica, que, si no recuerdo mal, eran las formas gráficas de expresión de los egipcios.

—Exacto, pero hay un punto más importante que nos preocupa a todos.

—¿Y cuál es? —preguntó interesado, arrojando la colilla lejos de sí. La lumbre del tabaco se reflejó sobre la arena sin apagarse, permaneciendo encendida algunos minutos como luciérnaga en la noche.

—Según nuestras comprobaciones, y son exactas, esta pirámide fue construida seis o siete milenios atrás.

—Eso no es extraño. Todas estas pirámides son milenarias.

—Sí, pero no tanto. La primera pirámide fue levantada por el rey Zoser a partir de una mastaba que iba a utilizar como tumba. No le gustó y construyó otra plataforma encima y sobre ésta, una tercera y una cuarta, rematando la obra con un bloque cúbico a modo de chimenea. De esta forma nacieron las pirámides. Después vinieron las demás y esta primera del rey Zoser fue levantada en la segunda

dinastía.

—Vaya al grano.

—Bueno, fue en el año 2650 antes de Jesucristo, que sumados a los dos mil de nuestra civilización son...

—Cuatro mil seiscientos cincuenta.

—Lo que equivale a decir que esta pirámide fue levantada mil quinientos años como mínimo antes que la de Zoser, que se supone fue la primera.

—Bueno, no es ningún secreto que los mitos y teorías caen al paso del tiempo. Si todo se comprueba, la primera pirámide ya no será la de Zoser sino ésta sin nombre.

—Todo parece muy sencillo pero dentro de la piramidología estamos como en un laberinto. Si el interior de esta pirámide no nos revela muchas cosas nos sumergiremos en una serie de problemas que van a resultar muy difíciles de aclarar.

—Pues así tendrán trabajo para entretenerse algunos años —replicó burlón.

Svetlana se sintió ofendida.

—Considera tan sólo una diversión nuestra ciencia, ¿verdad? Al parecer no ha dicho tal cosa en su discurso.

—Bueno, perdone si la he molestado.

—¿Le ha costado mucho pedir disculpas? —preguntó ella alzándose orgullosa.

—No mucho. No es tan difícil para mí pedir disculpas por un error cometido ante una chica tan hermosa.

—Soy la profesora Svetlana y no una chica hermosa. Debe de considerarme como un miembro más de la misión.

—Si usted opina que un científico debe de ser un ente neutro, la verdad, me costará aceptarlo. Para mí, una mujer es siempre una mujer, lo mismo que un hombre es siempre un hombre.

—Creo que en la Edad Media pensaban como usted, capitán, los hombres por encima de las mujeres. Sin embargo, las mujeres hemos demostrado ampliamente que somos iguales a los hombres.

—Por Dios, iguales no. Mis ojos no se pueden fijar en usted lo mismo que en el profesor Renoir.

En su fuero interno, Svetlana se sintió halagada, pero herida en su amor propio, suspiró hondo y dio media vuelta para alejarse sin siquiera desear las buenas noches. El capitán Kramer la llamó:

—Profesora, aguarde un momento.

Ella se detuvo en seco sin volver el rostro, dándole la espalda.

—¿Qué ocurre ahora, capitán?

—Sólo que diga a sus colegas que mañana a primera hora pueden estar preparados para tratar de abrir la puerta que han descubierto. Los técnicos han determinado que la radiación atómica no parece en

absoluto peligrosa para el cuerpo humano. Por supuesto, no nos marcharemos hasta que hallemos el núcleo de la radiación y sea controlado por completo.

—¿Y qué espera ahora, capitán, que mis colegas vengan a darle las gracias y le canten un aleluya a coro?

—No, sólo espero que tengan éxito. Buenas noches.

Svetlana se alejó con paso rápido pero algo inseguro, que quiso atribuir a la blanda arena.

En el fondo estaba rabiosa. Aquel altanero capitán Kramer poseía el don de quitarle la seguridad en sí misma, cosa que jamás le había ocurrido en, presencia del sexo fuerte.

CAPITULO III

Svetlana, como única mujer en el campamento a excepción de las mujeres de los fellaghs u obreros a sueldo que se ocupaban del servicio y la alimentación general, se veía halagada en todos los aspectos.

Todos tenían deferencias con ella, todos a excepción del capitán Kramer que parecía verla y no verla. No le concedía más importancia que a cualquier otra persona del campamento y la hermosa soviética de cabello platino se mordía los labios deseando atraer al hombre con el afán de humillarlo.

La profesora Svetlana observó cómo daban los últimos toques a la escalera de automecano que se había montado en el tiempo récord de dos horas, una escalera con pasamanos que hacía accesible la puerta descubierta en la pirámide y que se hallaba situada a siete metros del nivel del suelo.

—Como es un trabajo delicado deben de ser ustedes mismos quienes separen el bloque de granito marcado como puerta. Nosotros permaneceremos vigilantes. Que nadie pase al interior de la pirámide hasta que lo hagamos nosotros, ¿entendido?

Los profesores, bajo el mando del capitán Kramer, asintieron con la cabeza como un grupo de alumnos infantiles adiestrados por su profesor.

Los tres oficiales de la nave pentasónica vieron subir a los científicos hacia la puerta de la pirámide. Portaban con ellos las herramientas adecuadas para separar el bloque de sus hermanos más o menos gemelos. Un atomcóptero estaba preparado con su grúa que asomaba por la panza del fuselaje. Con su fabulosa fuerza, la nave suspendida en el aire tiraría del bloque de granito hasta extraerlo totalmente, labor que para los hombres, por muchos que fueran, resultaría muy dificultosa y pesada.

Pese a hallarse en los alrededores del siglo veintiuno, los fellaghs se reunieron en torno a una fogata, preocupados muchos de ellos. En cuclillas, comenzaron a orar en un idioma ininteligible. Trataban de escapar a una posible maldición faraónica. La gran pirámide iba a ser violada de un instante a otro y aunque corría la leyenda de que las maldiciones sólo alcanzaban a los descubridores, científicos y promotores de las violaciones de pirámides y que los fellaghs quedaban libres de ellas, se precavían.

Bajo un sol que cada vez se hacía más intenso, los salacots de liviana materia plástica les protegían de sus tórridos rayos. Todo el material de hierro había sido pintado en aluminio, pues el tocar

descuidadamente el metal oscuro expuesto al sol equivalía a una quemadura a veces grave.

El teniente Onopoulus, mientras sorbía un refresco, comentó junto a Svetlana:

—Parece que cuesta más de lo que creían sacar ese bloque de granito.

—Sí, es un poco laborioso. Cortaban tan matemáticamente la piedra, encajando un bloque con el otro en forma tan exacta, que se hace difícil extraer el que se desea.

—Con un Laser de gran potencia en seguida se abriría un boquete —opinó el teniente Edgar a su derecha.

—No se debe de estropear nada —rebatió Svetlana entre los dos tenientes. Todos la rodeaban menos el capitán Kramer—. El profesor Renoir utiliza un Laser, pero muy pequeño. El diámetro del cilindro lumínico es de cero coma cinco milímetros y se utiliza con tanto cuidado como si de una operación quirúrgica se tratara. En caso necesario piensen que el bloque que se extraiga debe de poder colocarse en el mismo lugar que ocupara primitivamente.

El profesor Howard, norteamericano, situado junto con sus compañeros en la plataforma a ras del bloque que debía de ser la puerta afanosamente buscada, lanzó un alarido infrahumano.

Se retorció en lo alto de la plataforma, se deslizó por entre la baranda y cayó al vacío estrellándose contra la base rocosa, apenas oculta por una débil capa de arena.

Se produjo un gran silencio.

Los fellaghs dejaron de orar para exorcizar los maleficios faraónicos. Arriba, en la plataforma de la escalera elevada, todos asomaron sus ojos curiosos y angustiados por encima de la baranda.

El primero en llegar junto al profesor Howard fue el capitán Kramer. Antes de inclinarse sobre el que su mirada experta había determinado cadáver, miró hacia arriba e inquirió severo, grave:

—¿Qué ha ocurrido?

El profesor Renoir, preocupado, pues temía que el capitán Kramer cortase los trabajos de exploración momentáneamente, explicó:

—No lo sabemos, nadie sabe nada aquí arriba. Se ha caído después de gritar y retorcerse.

Los tenientes Onopoulus y Edgar acudieron junto a su comandante, también cuatro soldados de la patrulla.

Svetlana, inquieta, se acercó preguntando:

—¿Por qué ha muerto, aparte de la caída?

—¿Cree en las maldiciones faraónicas, profesora Svetlana?

—Por supuesto que no. Soy una científica, no una histérica supersticiosa.

—Yo tampoco creo en las maldiciones.

Se inclinó sobre el muerto. Lo volvió boca arriba y descubrió un escorpión negro y grande también aplastado en la caída y pegado a la camisa del científico.

—He aquí la causa. Un escorpión ha debido de atacarle y en el gran dolor de la picadura ha caído al vacío, matándose. Sin embargo, que el doctor del campamento le haga la autopsia.

—Sí, el doctor Hamson es el médico del campamento. En cuanto al escorpión, no es extraño. Aquí en el campamento ya hemos encontrado varios escorpiones, aunque ninguno de este tamaño tan considerable y no ha habido problemas con ellos.

—Pues ahora ya hay una víctima de este repugnante arácnido. Empieza la violación de la pirámide —observó Kramer.

*

El teniente Edgar, con su leve acento alemán, observó:

—Un accidente puede ocurrir en cualquier lugar.

Los obreros egipcios no quedaron muy satisfechos y comenzaron a murmurar, inquietos. Aquella pirámide también estaba maldita, no cabía duda, y la primera víctima había sido cobrada. Aquella gente del desierto, supersticiosa, apegada a las antiguas creencias, no podía creer en la simple casualidad del encuentro de un escorpión con un hombre.

—Profesora Svetlana, ¿qué ha ocurrido?

La hermosa científica voceó para ser bien oída por los restantes profesores.

—¡Un escorpión ha matado al profesor Howard! ¡Que baje el doctor Hamson, el capitán Kramer quiere que se le haga la autopsia!

Un hombre de alta figura, muy delgado, con cabello albino y ralo, descendió por la larga escalera de automecano con escalones de madera, una escalera prefabricada y que podía acondicionarse a la altura precisa en un tiempo límite.

—¡Capitán Kramer!

—¿Qué, doctor Renoir?

—¿Proseguimos con la apertura de la pirámide?

Kramer, entre dientes, pero lo suficientemente alto como para ser oído por Svetlana, gruñó:

—Y luego dirán que yo soy duro e inhumano. —Después, exclamó —: Sigan, pero miren dónde ponen los dedos, no vayan a convertir este trabajo en una masacre.

El profesor yanqui fue retirado en unas parihuelas por los fellaghs y el doctor Hamson se fue con ellos. Arriba, los piramidólogos, excitados como niños ante el descubrimiento de un tesoro, comenzaron a mover el bloque de granito que por obra y gracia del

Laser, ya que la escarpa y el martillo hacía tiempo estaban desechados, habían conseguido separar de los otros que lo aprisionaban el bloque de granito considerado como la puerta debido a las inspecciones radiológicas y de otro tipo que se habían realizado.

Por la radio portátil pidieron la intervención del atomcóptero que se elevó poco a poco. Se pegó a la pirámide e hizo descender de su panza el fuerte cable de acero. Sujetaron el bloque y el atomcóptero hubo de poner sus motores a prueba, forzándolos, al tiempo que en navegación horizontal tiraba del bloque, ayudado por los científicos que insuflaron una grasa viscosa e incolora que ayudó a que la piedra resbalase y fuera extraída con mayor facilidad.

El bloque de granito, ante la expectación de todo el campamento, resultó más grueso de lo que esperaban. Una vez sacado se pudo comprobar que tenía un espesor de tres metros.

La plataforma, sostenida en lo alto de la escalera, crujió ante el peso de la enorme piedra tallada con precisión de laboratorio. Pero la torre no cedió y el atomcóptero, terminado su trabajo, escondió el cable en el interior del fuselaje. Después, se retiró al aeropuerto junto a las otras naves, al otro lado del campamento.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó el profesor Renoir desde lo alto —. ¡Lo hemos conseguido!

*

Varias linternas de gran potencia extendieron sus focos hacia el interior de la pirámide, rompiendo por primera vez en varios milenios las tinieblas que allí habían imperado.

El hueco dejado por el bloque de granito semejaba la cuenca vacía de un cíclope polifémico, un gran ojo vacío que miraba siniestro a quienes trataban de penetrar por él.

—¡Que nadie pase al interior de la pirámide! El que lo haga será arrestado y enviado a El Cairo —advirtió el capitán Kramer.

Un movimiento de su rostro fue suficiente para ordenar a los tenientes Onopoulus y Edgar que se dispusieran a entrar en acción.

Svetlana subió por la escalera tras el propio Kramer. Ya en lo alto, en la abertura que no cabía duda era una puerta, fue controlada la radiactividad por los medidores que traían consigo los tenientes. Todos les miraron esperando su veredicto.

—¿Qué radiación escapa por ese túnel? —inquirió Kramer.

Fue el griego Onopoulus quien respondió:

—Hay radiación pero mínima, es decir, captamos la presencia de un material radiactivo pero controlado y su radiación está muy por debajo del nivel mínimo de peligrosidad para los humanos. La energía radiactiva no está incontrolada dentro de la pirámide. Por ahora no

existe peligro alguno.

Cuando Kramer se disponía a hablar, olfateó un fuerte olor a alcohol. Se giró ligeramente y vio al profesor Doménico. En su bolsillo se notaba el bulto inconfundible de un frasco de bebida.

—Profesor, será mejor que no siga bebiendo. Sólo conseguirá denigrarse.

—Capitán, es usted un hombre frío y duro, un hombre de armas. No acaba de comprender lo que significa este hallazgo para nosotros. Ni siquiera la muerte de un colega nos detiene. Quizá luego lo pensemos mejor y nos avergoncemos de nosotros mismos, pero en estos momentos vamos a hollar un gran mausoleo jamás violado con anterioridad. Sacaremos a la luz sus misterios, ¿lo entiende bien, se da cuenta de lo que representa para nosotros?

—Por favor, profesor Doménico —pidió Renoir con su suave acento francés—, contrólese un poco ahora.

—Bien, vamos a entrar con los medidores y con mucha precaución. Supongo que dentro todo está muerto, pero la existencia de esas radiaciones indica que algo en el interior de esa pirámide debe de ser investigado con mucha atención.

El profesor Renoir observó:

—Es posible que quienes sepultaran al faraón dejarán aquí dentro algún elemento radiactivo y es sabido que durante milenios puede ir proyectando radiaciones. Ello no será nada peligroso y sí bastante simple de explicar aunque no sea fácil averiguar cómo obtenían los antiguos egipcios materia radiactiva pura, radio, plutonio o cualquier otro elemento.

—Todo será aclarado a su tiempo. Ahora, dispongámonos a entrar.

—Ahora, tengo una extraña sensación de frío —observó Svetlana pese al sol brillante de primeras horas de la tarde.

El profesor Renoir no dio importancia al hecho objetando:

—El interior de las pirámides siempre da sensación de frío.

Kramer iba a penetrar en la pirámide cuando Svetlana le detuvo, sarcástica.

—¿Va a quitar a uno de mis colegas el privilegio de ser el primero en pisar el interior de la pirámide?

—Olvidaba ya lo importante que es la vanidad para ustedes. Pase delante, profesor Renoir y usted también, Svetlana. No quiero arrebatarles ningún privilegio sino proteger sus vidas. A mí me importa poco pasar a la historia o no.

Abriéndose paso entre las tinieblas con poderosas linternas halógenas, avanzaron por la galería. Afuera quedaron varios soldados de la patrulla pentasónica controlando la entrada de la pirámide. El gran bloque de granito se hallaba sobre la plataforma superior de la escalera, recibiendo los rayos de un sol que iba descendiendo

lentamente por el Oeste, bajo las arenas que constituían el nivel del suelo del desierto, ya que la gran pirámide, con campamento incluido, estaba por debajo de ese nivel. Allí en el valle, la noche llegaba con más prontitud.

La sensación de frío fue acusándose cada vez más. Ahora no era solo Svetlana quien se abrazaba a sí misma, el castañeteo de los dientes era múltiple. Sólo el capitán Kramer no parecía notarlo; el vigor que escapaba de todos sus poros semejaba inmunizarlo contra el frío.

Se internaron en aquella galería que ofrecía un arco en su recorrido, por lo que ya no vieron tras de sí la luz de la entrada. Arribaron a una sala octogonal de unos treinta metros de radio con una gran columna granítica en su centro que daba solidez a la cámara y evitaba el derrumbe del pesado techo.

—A esta sala dan ocho galerías, contando la que hemos utilizado para llegar y que debemos de marcar inmediatamente para no equivocarnos después.

Mientras el propio profesor Renoir marcaba la abertura de la galería con el pequeño láser en forma de lapicero que llevaba consigo y que funcionaba gracias a la batería que alimentaba de electrones la poderosa linterna halógena, el profesor Doménico se llevó su botella de licor a los labios.

—No siga bebiendo, profesor —gruñó Kramer—. Hágalo fuera y cuando su borrachera no pueda resultar molesta. Aquí dentro todo el mundo está en tensión.

Los ojos del italiano brillaron. Respondió excusándose:

—Es para mitigar el frío. ¿Es que usted jamás siente frío?

Kramer no le respondió. Svetlana estaba cerca y no era cosa de decir que él era muy ardiente y que por eso no sentía frío.

—Seguimos sin hallar ningún símbolo de escritura jeroglífica, hierática o demótica —observó Svetlana.

—¿Es muy importante ese detalle? —preguntó Kramer.

—Sí, sí lo es —respondió ella—. Los egipcios solían cincelar en las paredes toda su historia, su forma de vivir y de ser.

—Sí, los símbolos de la pirámide de Keops, según los egiptólogos, relatan la historia de la humanidad.

—Eso es y, por ahora, aquí no existe ningún símbolo.

El profesor Renoir demandó atención.

—Colegas, es el momento de escoger una de las galerías y probar suerte. Puede que algunas conduzcan a dependencias diferentes y otras sean falsas, cayendo en un laberinto.

—O en una trampa —agregó el propio Kramer, inquiriendo después—: ¿Cómo está la radiación atómica?

—Sigue sin peligrosidad y controlada, capitán. Es el frío lo que nos

preocupa ahora. Al parecer, nadie se ha preocupado de traerse una columna termométrica, pero, si no estoy equivocado, debemos de estar cerca de los cero grados centígrados.

Todos se miraron unos a otros. Tiritaban. Se hallaban pálidos los unos y sonrosados los otros. Pateaban el suelo con fuerza para despertar sus pies.

—Será conveniente salir de la pirámide, buscar ropas de abrigo y regresar de nuevo —indicó Kramer.

Los científicos comenzaron a protestar y el profesor Renoir elevó su voz haciéndose eco del pensamiento de todos.

—Creo que podemos investigar un poco más, el frío es soportable. Quien no pueda resistirlo que salga de la pirámide, hay sol afuera. El misterio de este frío también es fascinante de descubrir.

—Profesor, el frío es más acusado en esta galería.

La observación de la sensible Svetlana obligó a todos los hombres a centrar sus ojos en la galería señalada.

—Si el frío procede de esa galería, creo que esa es la dirección a seguir. Posiblemente, el frío tiene algo que ver con la cámara real. No hay antecedentes de ello, pero es una intuición —dijo Renoir.

—¿Están dispuestos a soportar algo más de frío? —preguntó Kramer en voz alta para hacerse oír por todos los científicos que aunque tiritando se hallaban fascinados por el descubrimiento—. Bien, sigamos adelante, pero no me hago cargo de las pulmonías que se atrapen aquí dentro. Deben de entender que no son hombres jóvenes y que el frío puede dañarles, pero no quiero privarles del juguete que representa para ustedes este descubrimiento.

—¿Y por qué no escogemos otra galería donde haga menos frío? —preguntó Doménico que se notaba algo vacilante.

Nadie le hizo caso y todos se dispusieron a avanzar por la galería de la que escapaba aquel extraño frío cada vez más intenso y que amenazaba con congelarles, un frío desconocido e incomprensible en el cálido desierto egipcio, un frío jamás encontrado con anterioridad en pirámide alguna.

CAPITULO IV

La galería era tan oscura como sus hermanas y tenía una anchura de unos dos metros. Era difícil discernir ya si se hallaban encarados hacia el Norte o al Sur, lo que si resultó importante y angustioso fue que al final de la galería una pared les cerró el paso. El techo, como en todas partes, era de unos tres metros de altura y no había forma de proseguir.

—Parece una galería falsa —observó Svetlana.

—No, también podría ser la verdadera, la que conduce a la cámara real. Busquemos antes algún posible resorte. Solían cerrar las cámaras con puertas graníticas.

—Profesores, será preferible que salgamos. Hace mucho frío aquí dentro —insistió el capitán Kramer.

Aquellos sabios ya entrados en años, en aquel instante casi olvidaron su intenso frío en busca del posible resorte y fue casi porque el frío se había hecho verdaderamente intenso y era difícil saber de dónde provenía.

El propio capitán Kramer, con su elevada estatura, tanteó la pared. En la coyuntura de dos bloques de granito halló una piedra que pulsó fuertemente con su pulgar, dándose cuenta de que cedía aunque con gran esfuerzo.

—Aquí parece que está el resorte.

Un gran bloque, no el que formaba pared al final de la galería sino el de su derecha, comenzó a moverse. Al ceder Kramer en la presión, el bloque dejó de moverse.

El profesor Renoir pidió:

—Siga apretando, capitán, o no veremos lo que hay al otro lado.

Todos los ojos convergieron en la gran puerta de granito que debía de girar sobre un eje.

De pronto, cuanto se hallaba al otro lado de la pétrea puerta se iluminó intensamente, una iluminación que debía conectarse al abrir la puerta mediante algún mecanismo automático.

Ante la profusión de luz, todos se echaron hacia atrás instintivamente, aplastando sus espaldas contra el muro.

El frío adquirió una intensidad horrible. Al otro lado de la puerta, una escalera descendía a una gran cámara que aún no podía verse por el ángulo que formaba la galería.

—Vámonos, ya no se puede estar más aquí. El frío es ahora un peligro mortal.

Svetlana, pese a ser nacida en el norte de Rusia, acusó tanto el frío que se quedó quieta, como petrificada. Después, las piernas le fallaron

y el capitán Kramer la recogió entre sus brazos antes de que se desplomara.

—¡Todos afuera, es una orden! El frío viene de abajo y es mortal.

—¿Tiene miedo, capitán? —chilló el profesor Doménico.

Tras llevar la botella de nuevo a su boca y beber un largo trago, agregó:

—¡Yo seré el primer humano que vea la cámara real!

—¿Adónde va, estúpido? ¡Vuelva! —le gritó Kramer que no podía correr en su persecución por tener a Svetlana como congelada entre sus brazos, casi incapaz de reaccionar por sí misma.

Bebido, el profesor Doménico cruzó la pétrea puerta y descendió las escaleras internándose en aquel intensísimo frío lleno de luz, de una luz muy poderosa pero gélida también.

Todos pudieron escuchar el horripilante alarido del profesor italiano.

El pánico, unido al dolor por el intensísimo frío que acusaban sus cuerpos, apenas vestidos con una camisa y pantalones cortos, un frío que semejaba abrasarles, les hizo correr hacia la sala octogonal primero y hacia la salida después. Era una auténtica estampida humana.

—¡No puedo más! —gimió el profesor Renoir cayendo de bruces.

El rubio teniente Edgar, macizo y fornido, lo recogió cargándolo sobre sus hombros y corriendo después hacia el exterior.

Los asustados fellaghs vieron salir a la carrera por la puerta de la pirámide a la expedición científica y se dispusieron a correr ellos también arenas arriba, temerosos de que algo monstruoso brotara del mismísimo corazón de la pirámide.

A punto estuvieron de matarse el profesor suizo y su colega austríaco al bajar por la escalera prefabricada, pues sus piernas y manos apenas les respondían.

Al fin, la mayoría consiguieron llegar al pie de la pirámide. Se revolcaron en la arena buscando el calor que ésta encerraba tras almacenar los rayos del sol.

El doctor Hamson, que había estado practicando la autopsia al colega muerto, pues también era egiptólogo además de médico, corrió en ayuda de los más débiles.

—¿Cómo está la profesora Svetlana? —inquirió.

La muchacha estaba tiritando con la mirada fija en Kramer como si no comprendiera lo que le ocurría, ya que su cuerpo apenas la obedecía.

—Yo cuido de ella, doctor. Vea al profesor Renoir.

—Sí, sí, en seguida.

Kramer, maldiciéndose por no haber ordenado un retroceso inmediato, preguntó:

—Teniente Onopoulus, ¿ha quedado alguien dentro?

—Aparte del loco del italiano que se ha metido él solo en la congeladora, nadie más, capitán. Yo cerraba la marcha.

—Bien, ayuden en lo que puedan. Yo voy a reanimar a la profesora.

Tendió a Svetlana sobre la plataforma, de la forma que mejor pudiera darle el sol, un sol ya sin mucha fuerza. Después, inclinándose sobre ella, la abrazó en parte y la besó ardorosamente en la boca.

Ella se estremeció. Quiso rechazar al hombre, pero no tenía fuerzas ni para protestar. Volvió a ser besada y notó que la sangre se caldeaba en sus venas, recobrando la sensibilidad a lo largo de todo su cuerpo.

Kramer se apartó de ella, arrodillándose. Svetlana quedó jadeante, se incorporó y ante la sorpresa del hombre le propinó una fortísima bofetada que sin embargo no le hizo pestañear.

—Sólo he querido que recobrara su vitalidad rápidamente y no se me ha ocurrido otra forma más efectiva.

—En otra ocasión prefiero que me deje congelar.

—¿Que la deje congelarse? Vamos, profesora, si usted ya tiene el corazón congelado —replicó sarcástico Kramer apartándose de ella.

Svetlana se quedó tendida recibiendo la caricia del sol, sin prisas por abandonar su posición. Kramer se acercó al doctor Hamson y al teniente Edgar, ambos inclinados sobre el profesor Renoir.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

El doctor Hamson diagnosticó rápido:

—Tiene principio de congelación en los pies. Creo que podemos salvarle, pero hay que llevarlo pronto a mi tienda.

—Edgar, ayúdeme. Entre los dos lo bajaremos.

Renoir mantenía los ojos cerrados por el dolor en sus extremidades inferiores que el tibio sol del atardecer no lograba hacer reaccionar.

Entre ambos oficiales lo bajaron de la plataforma mientras por la entrada de la pirámide escapaba ahora más frío que antes debido a que la puerta que daba a la cámara iluminada, una cámara cuyo secreto se ignoraba todavía, había quedado abierta.

—Doctor, no me corte los pies, se lo suplico, doctor, sálveme los pies.

—Descuide, Renoir, no será preciso llegar a tales extremos.

Efectivamente no se hizo necesario tomar medidas tan drásticas, pero el profesor Renoir hubo de ser instalado en una camilla, imposibilitado para caminar durante algún tiempo.

Kramer le dijo:

—¿Se da cuenta de cómo no pueden cometerse imprudencias?

—¿Quién iba a sospechar que haría un frío tan intenso ahí dentro?

Estamos en el desierto egipcio.

—Al parecer, quienes levantaron esa pirámide sabían construir congeladores y mantenían a sus muertos congelados.

El doctor Hamson observó:

—Teniendo en cuenta el breve tiempo que han permanecido dentro de la pirámide y la ausencia de humedad, el frío debe de ser intensísimo para causar tanto daño.

—Yo calculo que en breves instantes nos vimos a muchos grados por debajo del cero.

—¿Qué va a hacer ahora, capitán? —preguntó Renoir.

—A usted debemos enviarle al hospital de El Cairo.

—¡No, se lo suplico, no haga tal cosa! Ahora que estaba al borde del gran descubrimiento, alejarme de aquí es matarme. Doctor, dígale que no es necesario

Kramer, ante la angustia casi enfermiza del profesor Renoir, miró interrogante al doctor Hamson. Este se encogió de hombros.

—Estaría mejor en el hospital, pero tampoco es imprescindible. Yo me hago cargo de su recuperación aquí. Sólo serán unos días de quietud en la camilla. Que reciba los rayos del sol y durante la noche unos rayos tenues de infrarrojos. La congelación en los tejidos no ha sido lo suficientemente prolongada como para destrozárselos.

—Está bien. El profesor Renoir se quedará aquí bajo su responsabilidad, «doc», pero que no se mueva de la camilla. En adelante no habrá concesiones para nadie. La jornada está resultando dramática y no permitiré que sucedan más tragedias. Comuníquelo a sus colegas. Quien no me obedezca, será expulsado del campamento.

Los tenientes Onopoulus y Edgar se le acercaron interrogantes.

—¿Qué hay que hacer ahora, capitán? —preguntó Onopoulus.

El teniente Edgar observó:

—La radiactividad existe, pero sigue siendo mínima y no es peligrosa.

—¿Tienen alguna teoría con respecto al frío intenso de la pirámide?

Ambos tenientes denegaron con la cabeza.

—Bien, esto parece un hecho sin antecedentes y soy del parecer de que esta pirámide no contiene tumbas de faraones. Hay algo más raro y vamos a averiguarlo.

—Hay que sacar al profesor Doménico —dijo desde su camilla el profesor Renoir cuando se había acercado al grupo la profesora Svetlana, ya recuperada y rehuyendo la mirada del capitán Kramer.

—Entraremos a buscarlo, pero mucho me temo que esté muerto. El mismo, en su locura alcohólica, se ha lanzado al frío. No obstante, rescataremos su cadáver hoy mismo.

—¿Van a volver a entrar? —preguntó Renoir.

—Sí, profesor, esto cae dentro de la incumbencia de la patrulla pentasónica. Hay peligro en la pirámide. Cómo se origina, lo ignoramos, pero hay que averiguarlo. Teniente Edgar, dé orden de que se preparen los trajes antitérmicos y antirradiactivos, esta vez iremos preparados, no como un grupo de escolares ingenuos y boquiabiertos.

—Capitán…

—¿Qué ocurre ahora, profesor? —le preguntó seco—. ¿Va a poner más impedimentos a mi labor?

—No, en absoluto, pero ustedes deben entrar en la pirámide asesorados por un egiptólogo.

—Usted no está en condiciones de levantarse. ¿Acaso no se da cuenta de que podía haber perdido ambas piernas? No es usted un jovenzuelo, profesor, y el frío intenso afecta más a su circulación. Tiene menos poder térmico que un cuerpo joven.

—Si no puedo ser yo quien les acompañe, que vaya la profesora Svetlana. Ella es en este campamento el segundo de a bordo, hablando en términos marítimos.

El capitán Kramer la miró sin sonreír ni mostrarse satisfecho.

—Está bien —dijo indiferente—. Le proporcionaremos un traje especial. Dentro de una hora penetraremos en la pirámide para rescatar al profesor Doménico y averiguar dónde se produce la energía atómica, la poderosa luz que hemos visto y, por supuesto, el intensísimo frío que nos ha repelido.

Kramer dio por terminado el diálogo. Con paso rápido y firme se dirigió a la nave pentasónica. Debía incluir en la computadora de a bordo cuanto había ocurrido en la Operación Pirámide.

CAPITULO V

Todo el equipo de profesores se había quedado fuera de la pirámide, en el campamento, observando el segundo intento de penetrar en el enigmático mausoleo.

La noche había caído ya. Seis soldados, los dos tenientes, el capitán Kramer y la profesora Svetlana se habían equipado con trajes antitérmicos y antirradiactivos pensados para ser utilizados dentro del radio de acción de una expedición nuclear. Trajes brillantes, casi cegadores, que permitían pasar a quienes los empleasen por zonas con dos mil grados de temperatura.

Dos luces fueron colocadas en lo alto de la plataforma, junto a la puerta descubierta en la pirámide y frente al gran bloque de granito que hiciera crujir todo el andamiaje que lo sostenía. Dos soldados de la patrulla pentasónica, armados con fusiles Laser, se quedaron montando guardia en la puerta.

El resto, con el capitán Kramer a la cabeza, se internaron en la pirámide.

A medida que avanzaban, Svetlana pudo constatar que no sentía frío alguno. El traje, que se ajustaba bastante bien a su medida, la aislaba totalmente del exterior. Como parte del atuendo mismo, portaban termómetros.

—Ustedes monten la guardia aquí y mantengan las luces encendidas —ordenó Kramer a dos de los soldados.

Svetlana aprovechó para mirar el termómetro.

—Sesenta bajo cero —musitó.

—¿Qué ocurre, profesora? —inquirió Kramer mirándola a través del grueso cristal que protegía su rostro.

Svetlana recordó que aquellos trajes especiales, diseñados exactamente como los de los astronautas aunque algo más livianos, poseían radio transmisor-receptor interior y cualquier palabra que tan sólo murmurase sería captada por sus compañeros.

—Nada, sólo miraba la temperatura.

—Bien. Creo que sigue bajando. De la cámara por la que ha desaparecido el profesor Doménico ha escapado gran parte del frío. Supongo que la temperatura habrá subido algo interiormente al pasar frío a las demás galerías. Sigamos adelante.

El grupo se puso nuevamente en marcha. Nada vivo parecía haber allí, sin embargo, algo nefasto aleteaba en el ambiente.

Kramer, ahora jefe absoluto de la expedición, colocó dos centinelas más custodiando la puerta que él mismo abriera en la primera incursión dentro del supuesto mausoleo. La puerta seguía

abierta y al otro lado de la misma, las escaleras descendentes formando arco y luz, mucha luz cuya procedencia ignoraban.

Parecía imposible que hubieran dejado dispuesta una luz seis o siete mil años atrás para que un automático la encendiera en el momento de abrirse la puerta.

—Síganme. Ustedes, preparen sus pistolas Laser por si acaso. No sabemos lo que hay debajo; sin embargo, con este frío es imposible que haya vida. La columna termométrica marca los ciento cuarenta grados bajo cero.

—¿Estarían abajo en el cero absoluto, es decir, a 273 grados bajo cero? —preguntó Svetlana asombrada.

—Es muy posible. Hay que caminar con cuidado y no tocar más que lo que sea necesario. A estas temperaturas todo se hace muy frágil y se quebrará al menor golpe.

Caminaron con precaución, ya que los trajes resultaban gruesos y no demasiado cómodos. Si el traje fallaba, la muerte en aquellas temperaturas era tan segura como cayendo dentro de un crisol de hierro líquido a mil trescientos grados por encima de cero.

—Allí está el profesor Doménico —señaló Svetlana de-teniéndose a mitad de la escalera.

El cuerpo del italiano se hallaba en el suelo, no muy lejos del último peldaño, con brazos y piernas en cruz y boca abajo.

—Es evidente que el profesor está muerto, Svetlana, son otras cosas las que deben preocuparnos ahora —observó Kramer llegando ya al final de la escalera.

La sala era enorme, con columnas pétreas sosteniendo su techo de una altura de siete u ocho metros. En él se abrían círculos de los que emanaba la luz, tan blanca como fría, y había tantos que no perdieron el tiempo en contarlos.

—Esto es fantástico —exclamó Svetlana ante lo que sus ojos azules descubrían.

La gran sala contenía como un centenar de grandes y extraños féretros o sarcófagos de oro puro y brillante, colocados sobre paralelepípedos de níveo mármol de unos cuatro pies de alto por el largo de los propios sarcófagos.

Aquellos sarcófagos tenían una figura humana sólo esbozada y nada detallista o barroca al estilo del sarcófago también de oro dentro del cual se halló la momia de Tutankamón. Allí sólo se perfilaba una figura humana, sin rasgos ni vestimenta.

De los costados del féretro partían unos tubos también de oro que se introducían en los bloques marmóreos y que por el momento resultaba muy difícil precisar a dónde conducirían. En cada bloque de mármol había extraños signos grabados.

—¿Puede leerlos? —inquirió Kramer a Svetlana.

La profesora, tras observar con atención, negó con la cabeza.

—Este tipo de escritura es totalmente desconocido y juraría que no pertenece a ninguna grafía egipcia.

—A mí me parece que quienes están dentro de estos sarcófagos —observó, el teniente Onopoulus— no son hombres de estatura corriente. El sarcófago tendrá sus tres metros de largo, quizá algo más.

El teniente Edgar corroboró:

—Es cierto. Parece como si dentro hubiera la momia de un gigante.

—Jamás se ha sabido nada de gigantes dentro del imperio egipcio —dijo la muchacha—. Sin embargo, existe la posibilidad de que debajo de este primer sarcófago de oro haya otros de maderas finas. Los egipcios acostumbraban a sepultar a los grandes reyes dentro de varios ataúdes. Eso explicaría lo grandes que son todos éstos. Lo extraño es que haya tantos. Las pirámides se construían para un faraón y sólo una momia era revestida de oro aunque pudieran hallarse otras momias que acompañaran y sirvieran al gran faraón en el largo camino de las tinieblas.

Kramer, hombre práctico, objetó:

—A mí me parece que todo esto nada tiene que ver con los egipcios por muy pirámide que sea la edificación y pese al lugar en que se ubica. Opino que quienes están dentro de estos sarcófagos no están muertos todavía.

Svetlana abrió los ojos desmesuradamente. La incredulidad, la sorpresa y la confusión hicieron presa de ella.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? Esta pirámide fue levantada hace seis o siete mil años y se hallaba enterrada totalmente bajo las arenas del desierto, sin posibilidad alguna de respiración.

—Para una liofilización no sólo no hace falta el aire sino que es perjudicial. Me arriesgaría a asegurar que dentro de esos sarcófagos de oro, además de quienes estén dentro, existe un vacío controlado.

Onopoulus se acercó a uno de los sarcófagos, observándolo con mucha atención tras escuchar las palabras de su comandante.

—No hay ni la más ligera fisura. Como no sea cortando el oro no creo que se pueda averiguar quién está dentro.

—Pronto lo sabremos —apuntó Kramer—. Ustedes, tenientes, recojan el cadáver del profesor Doménico. Saldremos de la pirámide. Insuflaremos aire caliente para subir la temperatura y haremos una investigación más a fondo.

Ambos tenientes asintieron.

Svetlana, todavía confusa, escrutó las escrituras de las distintas bases marmóreas sin poder descifrar nada en absoluto. Jamás había visto nada semejante.

De pronto, al desviar la cabeza hacia el final de la sala, Svetlana vio alzarse una trampa pétrea del suelo. Por ella comenzó a emerger algo tan sorprendente que hizo lanzar un grito de angustia a la mujer.

A través de los intercomunicadores, los hombres pudieron escuchar su grito.

Los dos tenientes, que habían cogido entre sus manos el cadáver congelado del profesor Doménico, miraron hacia el lugar donde estaba encarada Svetlana.

Pudieron ver la cabeza del gran robot que brotando del suelo de la pirámide emergía a la sala de los sarcófagos o de liofilización como había apuntado Kramer.

Los dos tenientes soltaron el cadáver para empuñar sus armas de defensa.

El científico, al caer al suelo, helado como estaba, se hizo pedazos en forma macabra como si de una figura de cerámica se tratara. Manos, brazos, cuerpo, cabeza, múltiples pedazos humanos quedaron esparcidos sobre el duro suelo de granito.

Svetlana sintió náuseas, mareo, frío dentro de su traje antitérmico. Para no caer tuvo que apoyarse contra una de las columnas. Era algo imprevisto, macabro, casi absurdo, ver a un colega hecho trozos en el suelo sin escapar de él una sola gota de sangre porque se hallaba totalmente congelado en el mismísimo desierto egipcio.

—Escóndanse todos detrás de las columnas. Ese robot no ha constatado aún nuestra presencia. Se hallaba de espaldas a nosotros.

—¿Tratamos de inutilizarlo? —inquirió el teniente

Edgar con la pistola Laser en la mano, dispuesto a emplearla.

—No tenemos por qué destruirlo. Puede que él sea la clave para que estos sarcófagos se abran. Somos una misión pacífica, no destructiva. Nuestras órdenes son las de no disparar jamás si no es en absoluta defensa y como no vamos a poder dialogar con el robot, mejor será que pasemos desapercibidos.

El robot, construido en sólido y brillante metal, quedó en la superficie de la sala ascendido por una plataforma.

Tenía forma humana. Giró sobre sí mismo. En lo que constituía su frente aparecía la lente de una cámara que escrutó toda la sala girando en sentido circular. Lo que podía ser la boca se hallaba abierta, apareciendo un tubo que sería su arma de defensa o destrucción.

Protegiéndose entre las columnas, Kramer adelantó hasta Svetlana que, impresionada, había estado a punto de desmoronarse.

—Aguante un poco más o ese monstruo nos destruye. Ignoramos el poder de que está dotado, pero nuestros Laser no podrían mucho contra él si no le acertamos en la mismísima lente o boca de fuego porque su cuerpo brillantísimo reflejaría el Laser desviándolo a otra

parte.

Svetlana, pálida, sin fuerzas, preguntó:

—¿Cómo y de dónde ha salido ese monstruo?

—Estaba oculto bajo el suelo. Seguramente, todos los dispositivos automáticos se han puesto en marcha al subir la temperatura debido a que hemos abierto las puertas. Creo que eso habrá acelerado el proceso.

—¿Y si no hubiéramos abierto la pirámide nosotros?

—¿Quién sabe lo que ocurriría dentro de un año o de diez mil? Intentaremos averiguar para qué se habían programado estos seres que deben hallarse dentro de esas envolturas de oro, el metal precioso que el paso del tiempo y el frío no alteraría en absoluto.

De pronto, el robot centró su lente sobre los restos de lo que fuera el cadáver de Doménico. De la extraña boca brotó un rayo apenas perceptible, podía ser un Laser de poderosísimos infrarrojos. En brevísimos instantes redujo los restos a cenizas.

Svetlana, que con anterioridad jamás había sentido el terror en su cuerpo, olvidando el furor que había almacenado en ciertos momentos contra Kramer, se abrazó a él como tratando de ampararse en la enorme fuerza y seguridad del hombre.

Kramer la mantuvo apretada contra su cuerpo y la obligó a rodear la columna a medida que el robot avanzaba en dirección a ellos.

—Tengan cuidado que no les capte. Debe estar programado para reducir a cenizas cuanto sea extraño a la cámara en que estamos.

El robot se dirigió hacia la escalera.

Kramer se apresuró a comunicarse con los centinelas.

—Atención, atención, retírense todos hacia la entrada de la pirámide. Un peligro avanza por las escaleras. ¡Vamos, retírense!

*

—Capitán....

—¿Qué sucede, teniente Edgar? —preguntó Kramer soltando a Svetlana, ya restablecida al ver que el robot desaparecía en lo alto de la escalera.

—Ese robot despide energía radiactiva.

—Es posible que funcione con una minúscula pila atómica.

—Pero, capitán —objetó Edgar—, pilas tan minúsculas no se han inventado todavía.

—Nuestra civilización, no, pero la que construyó esta pirámide y ese robot, posiblemente sí. Creo que están mucho más avanzados que nosotros y hasta es dudoso que pertenezcan a nuestro planeta. Ahora, salgamos de aquí, ya no nos podemos llevar los restos del profesor Doménico y el robot, si no me equivoco, se habrá filtrado por otra de

las galerías que se abren en la sala octogonal.

—¿Y a dónde habrá ido? —inquirió Svetlana.

—Basándome en suposiciones, posiblemente al centro de control. Tendrá algunas funciones preparadas que realizar. Ahora, debemos de abandonar la pirámide y esperar los acontecimientos.

—¿Y dejar a ese robot suelto? —preguntó Onopoulus.

—Si destruimos al robot posiblemente destruiremos a cuantos quieren despertar, estoy casi seguro. Ya les he dicho que la patrulla pentasónica de la ONU no es una patrulla destructora sino pacificadora. Dejemos que estos seres despierten, si es que no estoy en un error, y dialoguemos después con ellos.

—¿Y si son seres malignos? —inquirió Svetlana.

—Entonces ya pensaremos qué hacer. No obstante, haré una llamada a la superioridad para que se nos envíe el material apropiado para destruir cuanto hay aquí si se hace imprescindible. Vamos, afuera discutiremos los planes mejor que aquí dentro. Corremos peligro y ese robot no está programado para pensar si debe exterminarnos o no, simplemente nos reducirá a cenizas si nos colocamos frente a su lente de observación.

Subieron por la escalera y pasaron a la galería. Los soldados no estaban ya.

Corrieron y arribaron a la sala octogonal.

—¡Miren, allí, en el suelo!

Una masa de cenizas y metal líquido manchaba la piedra.

—¡Maldita sea! El monstruo mecánico ese ha descubierto uno o dos hombres de la patrulla, derritiéndolos. El poder de su rayo debe de estar por encima de los siete mil grados para hacer lo que ha hecho. Corramos antes de que nos descubra a nosotros.

Salieron por la galería a la plataforma exterior colocada sobre la escalera.

Cinco soldados de la patrulla estaban allí. Uno de ellos dijo, nervioso:

—Capitán Kramer, ha sido Donald. Se ha retrasado y he visto cómo lo desintegraba. Le he disparado el Laser —mostró su fusil— y no he podido nada contra él. El Laser ha rebotado contra su cuerpo bruñido sin dañarle en absoluto.

El soldado se echó a llorar y como se hallaba desprovisto del casco que había protegido toda su cabeza, Kramer le abofeteó tan duramente que casi le hizo caer de la torreta. Acto seguido dijo tajante:

—Queda arrestado. No les he dicho que dispararan sobre el robot, sino que corrieran. Suba a la nave y enciérrese usted mismo en la celda de retención. Yo me encargaré de pasar a la programadora la nota de su arresto. A los demás, les doy la orden de no decir

absolutamente nada.

—¿Esa orden también va por mí? —preguntó Svetlana altiva.

—Sí, también, a menos que prefiera que la encierre en una celda de retención de mi nave.

—¿Se atrevería? —preguntó desafiante, olvidándose ya de que en el interior de la pirámide él la había salvado de derrumbarse, lo que habría equivalido a que el robot la descubriera y redujera a cenizas.

—¡Teniente Onopoulus!

—A la orden, capitán.

—Encárguese usted de…

—Aguarde, aguarde —se apresuró a decir la joven dándose cuenta de que no podía desafiar a Kramer sin dar con sus refinados huesos en una celda de la nave pentasónica.

—¿Está dispuesta a guardar silencio?

Ella suspiró.

—Está bien, seré una tumba.

—Bien. Así se librará de que yo tome medidas tan desagradables para usted como para mí. Nadie debe conocer lo ocurrido dentro. Sólo diremos que hay peligro de radiactividad y todo el mundo abandonará el campamento. Al amanecer, regresarán a El Cairo.

—Nosotros no —dijo Svetlana decidida.

—¿Sigue desafiándome, profesora?

—Defiendo mis derechos. Tenemos todos los documentos en regla y para pedir que abandonemos el campamento, debe venir una orden terminante de la superioridad, a la que podríamos oponer recurso. Luego vendría una asamblea jurídica.

—Entiendo. Pasaría tiempo y tiempo —dijo Kramer sarcástico.

—Exacto. Así ha sido siempre y así continuará la burocracia por más computadoras que empleemos para acelerar los resultados.

—De acuerdo. ¿Cuántos dirigen el campamento?

—El profesor Renoir, el doctor Hamson y yo misma.

—Está bien, los tres se quedarán, pero los demás van a largarse, incluidos los obreros.

—Los necesitaremos para nuestro servicio —objetó la muchacha.

—Si quieren quedarse, cuídense ustedes mismos. He dicho que todo el mundo se marchará, y no van a entretenerse en desmontar el equipo. Que monten en los atomcópteros y los que no quepan, en camiones o en las excavadoras, me da lo mismo. Se alejarán todos de aquí, estamos en una zona muy peligrosa. En cuanto a ustedes tres, no crea que no voy a advertir a la superioridad de que deben ser retirados de esta área. Sólo es cuestión de tiempo el que la orden de la superioridad anule sus permisos.

—Es usted insoportable —silabeó furiosa.

—No importa lo que yo sea, lo que sí importa es que aquí no hay

ciencia egipcia alguna. Esto es algo más serio que estudiar unos pedruscos o sarcófagos más o menos llenos de gemas. Aquí hay vida, unos seres con una civilización más avanzada que la nuestra a juzgar por lo que hemos visto. No sabemos cuáles son sus planes —señaló hacia el interior de la pirámide— y debemos de estar preparados para lo que sea. Mis soldados van a utilizar las excavadoras que queden libres y construirán no simples tiendas de lona para protegernos, sino barreras de arena y piedra y un bunker. La nave será puesta lejos del alcance de ese robot. No quiero que la inutilice en cuanto la vea y el cañón atómico de la nave apuntará a la pirámide, a esta misma puerta.

—¿Será capaz de desintegrar esta gran obra granítica?

—Si se hace necesario no dejaré una sola piedra entera. Ahora, que todos sigan mis órdenes y que nadie conozca una sola palabra de cuanto hemos hablado aquí arriba. Por todos los diablos, que desalojen inmediatamente la zona. Ha muerto ya uno de mis hombres por no ser suficientemente rápido corriendo. Si ese robot aparece en esa puerta, va a haber una masacre, ya ha oído que nuestros fusiles Laser nada pueden contra él.

Todos descendieron las escaleras saltando los peldaños con rapidez. Las órdenes tajantes del capitán Kramer fueron dadas de inmediato y, como éste había supuesto, las protestas no se hicieron esperar. Más, Kramer no estaba dispuesto a escuchar ninguna.

Tenía prisa por llegar a su nave y ponerse en contacto con la superioridad. ¿Qué debería de hacerse con todos aquellos seres al parecer liofilizados y protegidos por tan poderoso robot?

CAPITULO VI

El día clareaba cuando las naves quedaron repletas de pasajeros que protestaban por lo que ellos consideraron demagogia, despotismo y abuso de autoridad por parte del capitán Kramer. Los fellaghs se alejaron en camiones, muy contentos de poner tierra de por medio.

Según ellos, las maldiciones de las pirámides se cumplían siempre y en aquel caso habían comenzado demasiado pronto. Se sabía que varios hombres habían muerto, aunque se había silenciado la existencia del robot para que no cundiera el pánico.

Kramer penetró en la tienda del profesor Renoir.

Halló a éste junto a Svetlana y al doctor Hamson. Los tres mostraban hostilidad.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra, profesor Renoir?

—No creo que a usted le importe demasiado —repuso hosco el francés.

Kramer suspiró antes de seguir hablando.

—Mis hombres han excavado junto a la pared oeste una zona a la que pueden trasladar sus cosas. Este es un sitio muy peligroso.

—Capitán Kramer, considero que se ha excedido en sus atribuciones. No podía ordenar la marcha inmediata de toda mi gente de este lugar.

—Lo he hecho bajo mi responsabilidad, profesor. Comprendo su disgusto, pero no podía hacer otra cosa.

El doctor Hamson observó:

—¿Se da cuenta de que mañana mismo esto se va a llenar de periodistas? Todos sospecharán algo muy raro. La gente que marcha va a hablar mucho.

—Si se llena de reporteros, los expulsaré también.

Svetlana sonrió fríamente. Con sarcasmo, dijo:

—No es tan sencillo hacer marchar a los periodistas. Algunos llevan buenas recomendaciones en sus bolsillos y el mundo quiere estar enterado de todo. No dominará la zona por mucho tiempo.

—Pediré refuerzos y haré que se declare el sector como altamente peligroso. En un radio de cien millas nadie podrá acercarse.

—Una orden semejante no es fácil que la dé el consejo de la superioridad —dijo hiriente el profesor Renoir.

—Fácil o no, la pediré. Ahora, si me dan su palabra de que no repetirán nada de cuanto les diga, ya que se quedan aquí hasta que lleguen las órdenes de la superioridad, les contaré lo ocurrido.

—Está bien. La profesora Svetlana no ha soltado prenda y ya me he disgustado con ella. Creí que sería más fiel a la ciencia que a la

demagogia militar.

—La profesora sólo ha hecho que cumplir con su deber. Hablando sólo hubiera podido provocar el pánico.

—¿Tan grave es lo que han descubierto dentro de la pirámide? —inquirió Hamson.

—Lo suficiente para tomar las debidas precauciones. —Svetlana abandonó la tienda cuando Kramer inquiría—: ¿Me dan su palabra?

Los dos hombres de ciencia asintieron y Kramer, someramente, les explicó lo sucedido.

Aquellos científicos no habían trabajado tantos años en el ambicioso descubrimiento para que ahora se les dejara abandonados a una total ignorancia.

No tardaron en ser pocos en el campamento.

Entre cuatro soldados trasladaron las parihuelas del profesor Renoir al cobijo subterráneo que se le había preparado, también todos sus libros e instrumentos de medición.

El doctor Hamson y la rubia Svetlana se llevaron sus pertenencias y el campamento quedó vacío. Cajas abandonadas, tiendas de lona movidas por la suave y tórrida brisa del desierto, bidones, maquinaria de excavación que no había habido tiempo de retirar.

El capitán Kramer, dueño absoluto de la situación, había quitado a los dos centinelas de la plataforma que se hallaba sobre la escalera. Allí corrían peligro. Podían vigilar la entrada de la pirámide a distancia, camuflados tras la arena amontonada.

La gran pirámide era vigilada desde sus cuatro caras y los soldados se comunicaban con su comandante mediante la onda infrarroja que no podía ser captada en ningún instante, pero que al interceptarla se interrumpía.

—¡Atención, atención, capitán Kramer, aquí el teniente Edgar!

Dentro de aquella especie de bunker fabricado a toda prisa donde la chapa ondulada sostenía un techo de arena que les camuflaba, el capitán respondió:

—Aquí Kramer. ¿Qué ocurre, teniente?

—¡El robot acaba de aparecer en la puerta de la pirámide! Parece observarlo todo.

—Cuidado, utilicen los periscopios portátiles, que nadie se deje ver. Ese robot es sumamente destructivo.

Kramer repartió periscopios a los piramidólogos, advirtiendo:

—No asomen la cabeza si no quieren perderla.

—Yo también quiero ver a ese monstruo mecánico —pidió el profesor Renoir.

—Tendrá que conformarse mirando el monitor de televisión. Hay una cámara apuntando hacia la entrada de la pirámide.

—Está bien —gruñó.

Hamson, Svetlana y el propio Kramer salieron de su escondite. Se tumbaron sobre la arena y alzaron sus periscopios por encima de la barrera de arena que les ocultaba al ojo visor del robot, aunque sí podían ver muy bien la pirámide debido a su enorme altura.,

A través del periscopio vieron claramente al robot que, pese a ser muy grande, en proporción a la pirámide veíase pequeño.

El robot permaneció quieto.

De pronto, su mortífero y poderosísimo rayo, con una intensidad desconocida por los científicos, bombardeó cuanto el visor de su ojo electrónico había captado y que no era la propia arena del desierto.

Svetlana se estremeció. La visión del monstruo mecánico la estremecía y tenía que controlar su terror.

Una excavadora de gran tonelaje, capaz para levantar toneladas de piedra, se convirtió en un río de hierro fundido, filtrándose éste en la siempre sedienta arena.

Las tiendas de campaña se inflamaron al recibir el rayo destructor y los bidones estallaron como enormes bolas de fuego. El robot seguía aniquilando. De súbito, pudieron escuchar un alarido infrahumano.

Svetlana soltó su periscopio y se pegó contra la arena. Hamson quiso levantarse para ver lo que ocurría y Kramer, de un manotazo, lo derribó antes de que sobrepasara el nivel de arena que lo ocultaba a la vista del robot.

—Si vuelve a levantarse lo derribaré de un puñetazo. —Soltó su propio periscopio y llamó por el comunicador—: Atención, atención, ¿quién ha sido el afectado?

Respondió un patético silencio de voces humanas mientras el robot seguía haciendo estallar los bidones y reduciendo las cajas a cenizas. No cesaría en su labor destructora hasta que delante de sus ojos electrónicos sólo quedara arena y cenizas.

—Capitán, capitán —llamó una voz entrecortada, angustiosa.

—¿Es usted, teniente Edgar?

—Sí, capitán, sí, soy yo.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Estoy ciego, capitán, completamente ciego y todo arde dentro de mi cabeza.

—Teniente Edgar —inquirió duro—, ¿es qué ha desobedecido mis órdenes de no dejarse ver en absoluto?

—No, capitán. El robot ha disparado a las lentes del periscopio y a través de sus espejos interiores, el rayo me ha destruido los ojos —explicó entrecortadamente, mezclando sus palabras con quejidos de dolor.

—Lo siento, Edgar. No se mueva. Péguese al suelo, no se deje ver. Los demás, atención, atención, suelten los periscopios, somos vulnerables a través de ellos. El rayo puede ser desviado por los

planos de los espejos como una vulgar onda fotónica.

—Dios mío, pobre teniente —se lamentó Svetlana, afectada por la noticia.

De pronto, el teniente Edgar, gritando, con las manos pegadas al rostro, se puso en pie tambaleante.

—¡Teniente, al suelo, al suelo, teniente! —le gritó Kramer.

Edgar no le escuchaba.

El Laser infrarrojo del robot había destruido en su cabeza algo más que los ojos. A través de éstos le había dañado hasta el mismísimo cerebro.

Como en la pendiente Edgar se hallaba más alto que ellos, pudieron verle bien. El robot también lo detectó y dirigió su rayo hacia él.

La figura del fornido teniente alemán se iluminó en rojo rodeada de fuego. Después, fue reduciéndose a simples cenizas. La combustión había sido tan rápida como total.

—Dios mío, qué horror —se lamentó Hamson—. ¿Es que no puede hacer nada, Kramer?

—Sí, destruir al robot con el cañón de la nave, pero si lo destruyo a él aniquilaré a quienes están en la pirámide. He comunicado este extremo a la superioridad y todavía no he recibido órdenes de destrucción sino de observación. Debemos de preservarnos pero no atacar. Me duelen más que a nadie las sensibles bajas que estamos teniendo. Ya advertí que ese monstruo mecánico era sumamente peligroso.

—¿Y dice que nuestros Láseres no le hacen nada?

—No. Al parecer rebotan contra el brillo de su metal. Habría que darle en la mismísima lente de observación o en la boca de disparo y aun así, pudiera ser que desviara el rayo Laser. Quienes han construido y programado este robot lo han pensado mucho sabiendo que de él iban a depender sus vidas. Según mi teoría, es él quien debe despertarles del largo sueño al que deben haberse sometido voluntariamente.

—¿En espera o preservación de qué? —inquirió Hamson.

—Sí, ¿de qué? —preguntó Svetlana a su vez.

—Lo ignoro, pero terminaremos descubriendo sus secretos, pueden estar seguros.

—Si yo estuviera en su lugar, capitán, destruiría ese robot. No esperaría órdenes de parte alguna. ¿Es que no le basta con lo que ha hecho ya?

—¿Cuántas veces tendré que repetir que la patrulla pentasónica no es destructiva sino pacificadora?

—¿Y a qué esperará, a que nos mate a todos? ¿Acaso tiene miedo a enfrentarse al robot?

—Doc, si no estuviéramos en una situación tan delicada, le partiría la boca, pero prefiero pensar que, debido a las circunstancias, el pánico también ha hecho presa de usted. Han muerto dos hombres a causa del robot, ya que del profesor Doménico no podemos hablar, pues se suicidó él mismo al lanzarse al frío como también murió a causa del escorpión el profesor Haward. Cualquiera de los fellaghs que se han marchado dirán que todo esto está maldito y que sucumbiremos todos, pero, por favor, no añada su histeria a mis preocupaciones que ya son muchas.

El galeno se alejó hacia el bunker.

Svetlana miró al capitán Kramer con sus ojos reprobadores.

—Creo que le ha hablado con demasiada dureza —dijo.

—No estamos en momentos para hablar con rodeos.

—¿Siempre es tan duro con todo el mundo?

Kramer la miró. Suspiró como si se contuviera para no lanzar una imprecación.

—¿Le parece éste un momento idóneo para hacer preguntas directas?

Svetlana se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Al borde de la muerte se suelen decir las verdades.

—Está bien. ¿Por qué entonces se pone ese horrible moño sobre la cabeza cuando tiene un pelo tan bonito? ¿Por qué esconde sus ojos tras unas gafas que carecen de dioptrías?

—Tienen cero veinticinco —repuso ella rápidamente.

—Sí, una graduación que no vale la pena tener en cuenta ni para leer. ¿De qué se esconde, Svetlana, de los hombres acaso? ¿Nos tiene miedo? ¿Teme que el poder y la fuerza de un hombre derrumben ese orgullo feminista por el que ha luchado? ¿La igualdad del hombre y la mujer? No, usted debe de ser de las que luchan por la superioridad de la hembra sobre el macho. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Es un grosero y un...! —exclamó con las mejillas enrojecidas.

—Vaya, al parecer no le gustan tanto las verdades cuando escuecen en lo vivo, ¿eh?

Ella se levantó para alejarse, pero él le cogió una mano. Tiró de ella y la lanzó sobre la arena junto a él.

—¡Suélteme, bruto!

—Cuando le haya quitado los lentes y el maldito moño.

Svetlana quedó quieta, impotente ante el hombre.

El robot regresó al interior de la pirámide mientras sobre el cielo egipcio ascendía un sol ardiente.

—¿Satisfecho ya? Es usted un primitivo, como todos los hombres.

—No soy un romántico, por supuesto, ni me sometería jamás al feminismo. Sólo soy eso, un hombre.

La cogió por la barbilla y la besó con violencia en la boca. Los

labios femeninos ardieron. Quiso escapar y no pudo. El sol cegó sus ojos, cerró los párpados y pensó que la boca del hombre quemaba más que el propio sol.

CAPITULO VII

—Ese Kramer está loco —masculló el galeno.

Svetlana, que leía unos apuntes sentada cerca del profesor Renoir que convalecía en la cama, le miró preocupada.

—¿Qué pasa con él?

—Está loco. Por cierto, profesora, le queda muy bien el cabello suelto. ¿Y sus gafas?

Ella carraspeó ligeramente. Pensó en Kramer y siguió preguntando:

—¿Por qué dice que está loco?

El profesor Renoir inquirió a su vez:

—¿Qué nueva idea se le ha ocurrido?

—Ni más ni menos que introducirse nuevamente en la pirámide sabiendo que ese destructivo robot anda suelto por ahí y que lo va a reducir a cenizas como se lo encuentre.

—¿Solo? —preguntó Svetlana.

—Sí, solo —asintió Hamson con cierto desprecio—. Si se introduce en la pirámide, aceptaré cualquier apuesta en su contra. Seguro que ya no lo volvemos a ver nunca.

Svetlana sintió en su pecho una opresión jamás sentida, a la altura del corazón, entre su busto tan joven como hermoso.

—No puede entrar solo, lo matarán.

—Es lo que yo pienso, pero parece que no hay nadie capaz de disuadirle de ese suicidio.

La muchacha se puso en pie.

—¿Dónde está ahora?

—En la nave pentasónica que se halla oculta tras la arena para que no sea descubierta por el ojo electrónico del robot.

—Voy a verle —dijo decidida, dejando sus notas sobre la pequeña mesa plegable que tenía delante.

El profesor Renoir se medio incorporó preguntando:

—¿Va a intentar convencerlo para que no entre?

—Sí. Creo que alguien debe hacerlo.

Svetlana abandonó el refugio subterráneo y se dirigió a la nave pentasónica mirando con recelo hacia la pirámide.

En cualquier momento podía aparecer el robot y aniquilarla.

Aprisa, recorrió el camino hasta la nave sin que nada le ocurriera. La puerta, con la escalerilla articulada dispuesta, se hallaba abierta, y sin dudarlo un instante trepó por ella. Un soldado armado, se le interpuso.

—¿A dónde va?

—¿Acaso no me conoce?

—Sí la conozco, profesora, pero el reglamento...

—Hill, ¿quién es?

—La profesora, capitán.

—Que pase.

El soldado se hizo a un lado. Era el artillero de la nave y no abandonaba ésta para poder entrar en acción.

Si se lo ordenaban, la pirámide sería arrasada en su totalidad por muy de granito que estuviera hecha. El poder de la nave pentasónica era casi ilimitado, por ello su presencia era respetada adonde quiera que apareciera para imponer la paz aunque fuera mediante un ultimátum.

Svetlana se introdujo en la nave llegando hasta la cabina del comandante de la patrulla.

Kramer se estaba calzando unas botas especiales de suela sintética, aislante y blanda, que evitaba toda clase de ruido. Esta vez no se había vestido con un traje antitérmico, sino con un grueso y ajustado jersey negro que le preservaría del frío. Un cinturón con una pistola Laser colgaba ya de su cuerpo.

—¿Qué ocurre, Svetlana? ¿Da guerra el profesor Renoir?

—Quien da guerra eres tú —replicó tuteándole ya.

El abundante y sedoso cabello rubio de la mujer fue admirado por el capitán. Ella había seguido su consejo de llevarlo suelto. Su resistencia había sido arrasada por la voluntad y el poder del hombre.

—¿Qué ocurre, te ha venido el doctor Hamson con algún cuento? Acaba de marcharse de aquí.

—Me ha dicho que vas a entrar tú solo en la pirámide.

—Es cierto. Hay que averiguar unas cuantas cosas más sobre lo que esa pirámide oculta en sus entrañas. La superioridad no ha decidido nada todavía. He comunicado lo que sucede, pero piden más datos antes de tomar decisiones y ya no quiero exponer a nadie más. Entraré yo solo con una cámara de televisión portátil y aquí grabarán cuanto capte la cámara. Incluso, en el refugio podréis ver lo mismo que yo vaya viendo con mis propios ojos. Es más, la cámara envía imagen y sonido, pero también recepta sonido. A la derecha del monitor hallarás un pulsador verde. Cada vez que queráis hablar conmigo debéis de pulsarlo.

—Pero es posible que ahí dentro las ondas sean aprisionadas y no salgan precisamente por la abertura, es decir, que lo que es casi seguro es que no captemos nada una vez te adentres en la pirámide.

—Todo lo he previsto. Para ese caso emplearemos el sistema de exploración de simas. Sólo tengo que ir colocando estratégicamente, para que la onda se propague siempre en línea recta, unos minúsculos repetidores que funcionan con unas micropilas. Aunque me halle en lo

más profundo de la pirámide, la onda saldrá siempre en línea recta por la boca de entrada.

—¿Y si el robot localiza alguno de los repetidores? Sabes que lo fundirá con su rayo.

—Será un riesgo que deberé correr. Ahora, no te preocupes por mí, no merece la pena. Ya me las arreglaré para que el robot no me cace. Tengo algo muy importante de lo que él carece.

—¿Y qué es?

—Agilidad y rapidez. Ese bicho mecánico anda despacio.

—Sí; pero no vayas a olvidar la fábula en que la tortuga vence a la liebre.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, escoge entre quedarte en el refugio o en esta nave. De ningún modo andes por ahí al descubierto.

—No entres. Te matará.

Él se puso en pie dominándola con su elevada estatura. La mujer lo observó con admiración.

—Tengo que descubrir muchas cosas. Es muy interesante la sala de los sarcófagos, pero siguen siendo importantes otros aspectos de la pirámide. A través de la sala octogonal se podrá arribar hasta distintas dependencias de la pirámide. Quedan seis galerías por explorar.

—Pueden ser falsas y conducirte a laberintos.

—No creo que los seres que edificaron esta pirámide perdieran el tiempo construyendo laberintos para que se perdieran las civilizaciones subdesarrolladas. No, esas galerías conducen a dependencias importantes y hay que descubrirlas ahora que esos seres todavía duermen su sueño de milenios. Ignoro cuánto tiempo tardarán en despertar. No sabemos qué aparatos habrá puesto en marcha el robot.

—Kramer, voy a sufrir como jamás he sufrido mientras estés dentro de la pirámide.

El hombre alargó sus manos hacia la cintura femenina. La ciñó atrayendo su cuerpo hacia él y la besó. Ella se le abrazó angustiada, como si no quisiera dejarlo ir, pero él la apartó suavemente.

—Descuida, Svetlana, saldré de la pirámide cueste lo que cueste. No dejaré que tus ojos se fijen en otro hombre que no sea yo.

—¡Capitán!

Kramer se volvió hacia la puerta de la cabina. Allí estaba uno de los miembros de la patrulla que portaba una cámara televisiva en forma de pistola, manejable y de escaso peso y una bolsa.

—Aquí tiene lo que ha pedido, capitán, la cámara y los repetidores dentro de esta bolsa.

—Bien. ¿Y el teniente Onopoulus?

En aquel instante llegaba el oficial.

—¿Preguntaba por mí?

—Sí, teniente. Si yo no salgo con vida, usted se hará cargo del mando. Acucie a la superioridad para que decida de una vez, Espero que las imágenes que capte con esta cámara lleguen a la superioridad y puedan juzgar por sí mismos de la gravedad del asunto. Por lo visto, aún no se han dado cuenta de ello.

—¿Y tú vas a arriesgarte para que unos señores cómodamente sentados puedan decidir una cosa u otra? —se quejó más que preguntó Svetlana.

—Yo cumplo con mi misión, eso es todo. La patrulla pentasónica es algo más que un nombre que impone. Son un grupo de hombres dispuestos a imponer la paz, pero también a luchar y a morir si es preciso para la salvación de la especie humana de nuestra civilización. Tengo la impresión de que quienes están dentro de esa pirámide son enemigos en potencia y no por ser un centenar poco peligrosos.

Cogió el casco al que se hallaba acoplada una potente luz y abandonó la nave.

Svetlana le vio alejarse y los miembros de la patrulla se dispusieron a cubrirle en lo que les fuera posible, es decir, hasta llegar a la puerta de la pirámide. Una vez dentro, ya nada podrían hacer por ayudarle.

Sin tropiezo alguno, el capitán Kramer arribó a la escalera de mecano. Subió por ella hasta la plataforma en que se hallaba el bloque granítico que durante milenios taponara la puerta de la fabulosa pirámide.

Se detuvo y miró a su alrededor.

Sólo arena y cenizas, era justo lo que debía de ver el robot si asomaba su ojo electrónico. El cañón de la pentasónica estaba camuflado tras una leve capa de arena que no le impediría efectuar el disparo si se hacía preciso.

Observó la fuerte luz solar del desierto egipcio y se introdujo en la pirámide.

En principio, conocía la ruta a seguir y no quería ser descubierto de inmediato, por ello no encendió la luz de su casco y sí dejó el primer repetidor de ondas de radio y televisión junto a la entrada.

Como la primera galería formaba arco, antes de llegar a la sala octogonal colocó dos repetidores más.

Podía haber seguido tanteando en la oscuridad para internarse en la galería que conducía a la sala del frío, pero Kramer quería averiguar más y eligió al azar otra galería.

Cuando se hubo introducido en ella y distribuido convenientemente los repetidores, encendió la luz y siguió adelante.

La galería tenía una forma y construcción gemela a las anteriores,

pero al final de la misma no había piedra que la cerrara sino una escalera descendente.

Al principio, con mucha cautela, pero después con rapidez, fue bajando los peldaños que resultaron el triple de los que hacían falta para descender a la cámara del frío o de los sarcófagos de oro.

Al fin llegó a una gran sala sumida en la oscuridad, pero con la luz de su casco la iluminó. En ella resonaba un rumor sordo, monótono, constante.

Entendía lo suficiente de ingeniería nuclear para darse cuenta de que se hallaba en las instalaciones de una pila atómica. Puso en acción la cámara televisiva y gracias a la luz de su casco transmitió imágenes y sonido.

Casi inmediatamente escuchó la voz del teniente Onopoulus, experto nuclear, a través del micro-altavoz.

—Capitán, ¿todo va bien?

—Sí, teniente, todo bien. Estoy en el subsuelo de la pirámide. Habré descendido como unos veintitantos metros y me hallo ante esta obra de ingeniería que supongo es la pila atómica que alimenta todas las instalaciones del interior de la pirámide y, por supuesto, habrá mantenido el frío en la sala que descubrimos....

El teniente Onopoulus, que a través del monitor observaba las imágenes que la cámara sostenida por Kramer le enviaba, respondió:

—En efecto, capitán. Es algo distinta a las conocidas, parece más avanzada, pero es una pila atómica, no cabe duda alguna.

—Bien. ¿Cómo se ve la imagen en el monitor?

—Perfecta, capitán.

—Entonces sigo adelante. En cuanto pueda envíe a la superioridad estas imágenes, a ver si de este modo deciden de una condenada vez lo que hay que hacer en este asunto.

—Hemos recibido un mensaje de la superioridad, capitán.

—¿Cuándo?

—Apenas hará un par de minutos.

—¿Y qué han decidido?

—Nada todavía, mi capitán, pero preguntan... —Se detuvo, como pensando que sus palabras iban a provocar la ira del oficial.

—¿El qué?

—Si hay vestigios de signos esvásticos.

—¡Por todos los demonios! —masculló Kramer— Seguro estarán pensando que esto perteneció a los nazis de los años cuarenta, ¿verdad?

—Así es, mi capitán. Preguntan si hay posibilidad de que se trate de una base de estudio atómico germano-nazi camuflada en el desierto durante la Segunda Guerra Mundial.

—Envíelos al diablo, teniente, aquí no hay ninguna cruz gamada

ni creo que la encuentre. Esto es algo más serio que el problema de los nazis por sangriento que éste fuera. Ahora, atención, envío las últimas imágenes de la pila atómica y me dispongo a abandonar el lugar para investigar en otros sitios de la pirámide.

—Permaneceremos atentos a sus mensajes, capitán.

Kramer cortó la comunicación y regresó por la escalinata a la sala octogonal.

Tuvo cuidado de cerrar su luz y seguir a tientas. Aquella sala era el nudo de comunicaciones desde la cual podía dirigirse a cualquiera de las restantes dependencias.

De pronto escuchó un ruido que recordó de inmediato.

—¡El robot!

Comprendió que si el robot caminaba en la oscuridad era que también podía ver, quizá a través de infrarrojos, ultravioleta o algún otro rayo desconocido.

La oscuridad no le amparaba, por lo que retrocedió de inmediato en la galería para no quedar al alcance del ojo electrónico del robot.

Pensó que iba a pasarlo muy mal si aquel monstruo se dirigía hacia la galería en que se hallaba, pero el ruido de los pasos se alejó y Kramer suspiró aliviado.

Pasó a la sala octogonal y orientándose por el oído escogió una nueva galería contraria al lugar por donde el robot había desaparecido.

Hasta que no estuvo bien introducido en la galería no se detuvo a colocar su repetidor. Después encendió la luz y enfocando la cámara de televisión adelante, preguntó:

—Atención, atención, ¿se recibe bien la imagen?

—A la escucha el teniente Onopoulus, mi capitán. La imagen se recibe correcta.

—Corto y sigo por una galería distinta. Acabo de sortear al robot que por lo visto anda muy atareado.

—Suerte, mi capitán —deseó el teniente.

De pronto se escuchó la voz de Svetlana pidiendo:

—Por favor, Kramer, cuídate de ese monstruo, no te arriesgues. Quién sabe si no hay más robots. Podemos haber visto varios distintos de idéntica fabricación.

Kramer pensó en aquella posibilidad, varios robots iguales circulando por el interior de la pirámide. Era una observación lógica, con mucho sentido.

¿Por, qué tenían que haberse arriesgado a depender de un solo robot? Podía fallar cualquier mecanismo en su interior y fracasar todo el proyecto de quienes se habían sepultado allí en vida. Sí, era posible que hubiera más robots, pero le quitó importancia para no preocupar más a Svetlana.

—No temas, lo identifico muy bien por el oído. Aquí dentro los ruidos se conservan y transmiten con mucha fidelidad. Ahora, corto y sigo mi camino.

Consciente de que se arriesgaba a su total exterminio si se tropezaba con uno de tales robots, si es que existían varios, siguió adelante con la luz del casco encendida. Aquella galería terminaba en lo que parecía una gran caja de brillante acero. Kramer la observó con mucha atención y recelo.

—¿Será una trampa?

Sólo había una forma de averiguarlo, que era introduciéndose en aquella caja o cuarto de tres por tres metros. Colocó un repetidor y después envió imágenes de aquella desconocida cabina.

—Cuidado, capitán, puede ser una trampa —le advirtió el teniente Onopoulus.

—Eso ya lo he pensado, pero voy a arriesgarme. La galería, forzosamente, no debe de terminar aquí. Esto tendrá algún significado.

Cortó el diálogo y dando dos pasos hacia delante se introdujo en aquel cuarto. Durante varios segundos no pareció ocurrir nada. De pronto, todo vibró y escuchó un fuerte silbido.

El foco de su casco rebotó contra la pared que ahora tenía delante. Aquello, sin duda alguna, era un elevador que funcionaba automáticamente cuando algo o alguien se colocaba en su interior.

Aquel ascensor era superrápido a juzgar por la presión que ejercía sobre él y a la velocidad que pasaban los bloques graníticos frente a sus ojos, sin apenas tiempo para verlos.

A juzgar por el rato y la rapidez, Kramer dedujo que subía alto, muy alto, quizá a la cúspide de la pirámide. Deseó que aquel elevador tuviera un freno adecuado, si no se estrellaría contra su techo. Forzosamente debía de terminar en alguna parte, ya que en la pirámide no existía abertura alguna, salvo la practicada por los piramidólogos.

El freno existía y deceleró lo suficiente para hacerle llegar en forma suave, sin brusquedades, al término de su inesperado viaje por el interior de la pirámide. Quedó frente a una sala cuadrada de más reducidas dimensiones que las anteriores.

No cabía duda de que sobre aquella sala descansaría la cúspide de la pirámide, pero lo más sorprendente era descubrir allí una nave.

Kramer, que iba iluminando cuanto veía con su luz, se apresuró a enfocar la cámara televisiva. En la superioridad opinarían de distinta forma ante aquella especie de platíbolo coniforme, cuya entrada le hubiera gustado hallar, pero parecía hermético por todas partes.

—¡Capitán, capitán! —casi gritó el teniente Onopoulus.

—¿Qué ocurre?

—Nos llegan las imágenes imprecisas y al parecer está delante de algo sorprendente, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca, teniente. Veré de subsanar el defecto de transmisión.

Para no ser trasladado por el elevador nuevamente hacia la galería baja, arrojó al interior del mismo uno de los diminutos repetidores que, con suerte, haría contacto con el que había depositado al pie del elevador en la galería.

—¿Qué tal ahora, teniente?

—Casi perfecto, capitán. Hay ligera perturbación, como si algo metálico se interpusiera, pero no estorba demasiado.

—Es el piso del elevador. Me hallo casi en la cúspide de la pirámide, un ascensor me ha subido hasta aquí arriba. Estoy frente a lo que parece una nave espacial y sobre mí debe descansar el remate de la pirámide, a juzgar por las medidas de esta sala.

—Sí, capitán, ya veo un platíbolo, pero, ¿cómo van a sacarlo de ahí si tienen miles de toneladas de granito encima?

—Lo ignoro todavía, teniente. Quizá la cúspide se desmonte mediante algún artificio. Espere, estoy viendo algo que puede ser interesante.

Había descubierto una palanca de brillantísimo metal, adosada a la pared sobre un panel de materia desconocida para él y en el que había escritos unos signos desconocidos, una palanca de dos pies de larga.

Asió la palanca con su diestra. Dudó un instante y al fin la empujó.

De pronto, toda la pirámide semejó temblar. Una de las paredes de la sala en que se hallaba comenzó a abrirse. En su centro, los bloques se separaron formando un encaje dentado de grandes bloques de granito.

Kramer temió que los paralelepípedos de piedra, que a aquella altura formaban unas paredes con un grosor de seis metros, se precipitaran al vacío, pero, no, los bloques estaban sujetos interiormente quizá por vigas metálicas que no podían verse. Las paredes debieron girar sobre unos ejes colocados en sus extremos. Era difícil comprender cómo tantos miles de toneladas de peso no se desmoronaban y caían. Indudablemente, era una formidable obra de ingeniería.

Ante él quedó una abertura en la pirámide de unos veinte metros de ancho por siete de alto, suficiente para que la nave, con hábil maniobra, pudiera abandonar su emplazamiento, aquella especie de hangar.

El viento tórrido del desierto penetró en el interior de la pirámide junto con la brillante luz del sol.

Vio que se hallaba cerca de la cúspide de la pirámide, casi en los

cuatrocientos metros de altura.

Se acercó al borde de la abertura.

Bajo él, una impresionante pared formada por bloques de granito en la que al parecer sólo podían agarrarse hormigas o arañas. Un hombre rodaría por ella hacia abajo cuatrocientos metros de altura, una muerte garantizada.

La visión impresionaba. Desde donde se hallaba no podían verse los refugios ni la nave pentasónica, ya que daban a la cara sur de la pirámide y él estaba en el lado norte de la misma.

—¡Capitán Kramer, capitán Kramer! —llamó insistente la voz del teniente Onopoulus.

—¡Kramer, Kramer! —llamó también la voz de Svetlana.

El capitán de la patrulla estaba impresionado. Aquello era como contemplar el paisaje desde lo alto de una de las altas montañas del Cañón del Colorado en los Estados Unidos, su patria natal, Suspiró y seguidamente contestó por el transmisor filmando la nave y la abertura.

—Acabo de abrir una especie de hangar en el que los seres que se esconden en esta pirámide guardan su nave. Como pueden ver, es coniforme. Su ciencia parece muy adelantada, su ingeniería es asombrosa. Ahora, atención, que nadie quede a la vista de esta abertura. Yo intentaré cerrarla.

—Kramer, no te arriesgues demasiado. Deben de haber notado ya tu presencia. Se ha producido un gran ruido al abrirse la puerta de ese hangar que desde la nave no podemos ver.

—Ya lo veréis a través del monitor. No se arriesguen y usted, teniente, tenga en cuenta lo que voy a decirle.

—Le escucho, capitán.

—Si en algún instante a través del transmisor doy la orden simple y escueta de fuego, ¿me oye?

—Sí, mi capitán.

—Si doy la orden de fuego, olvídense de que estoy dentro de la pirámide y destrúyanla totalmente. No sé con qué me voy a encontrar, pero lo cierto es que quien ha levantado esta pirámide es poseedor de un gran poder.

—¡Eso no puede ser, no se puede disparar contra la pirámide estando tú dentro! —protestó Svetlana impetuosa a través de las ondas.

—Teniente Onopoulus, le hago responsable de cumplir la orden, ¿entendido?

—Sí, mi capitán, será cumplida. La pentasónica está preparada y si usted da la orden de fuego dispararemos una carga nuclear contra la pirámide.

—Bien, teniente. Ahora, que todos los soldados abandonen sus

puestos y se dirijan a la nave. También el profesor Renoir y el doctor Hamson. Si se dispara una carga nuclear, sólo estando dentro de la nave pentasónica podrán salvarse de morir abrasados.

—Cumpliré sus órdenes, teniente.

Kramer cerró la comunicación. Tiró de la palanca en dirección contraria pero las grandes puertas no se cerraron. Quizás sólo eran utilizables para una sola ocasión en el momento de abandonar definitivamente el refugio que constituía la pirámide.

Tras captar con la cámara televisiva unos planos más de la nave, retornó al ascensor esperando que funcionara y que no sucediera como con las grandes puertas del hangar. De lo contrario, se hallaría en la sala del platíbolo sin posibilidad de escapar, a menos que fuera ayudado desde el exterior con un atomcóptero. La altura era demasiado impresionante.

El ascensor funcionó automáticamente como lo hiciera con anterioridad y el descenso fue vertiginoso, aunque no molesto para el usuario. Aquel ascensor no parecía llevar cables de clase alguna.

Al fin, la velocidad disminuyó mediante un freno. Descendió los últimos metros con suavidad, llegando al fondo y deteniéndose en la galería.

En aquel instante, Kramer deseó que el ascensor saliera disparado nuevamente hacia lo alto, regresando a la sala del platíbolo.

Frente a él, como aguardándole, estaban las momias como dirían los *fellaghs*.

Entre ellos, observándole con su implacable ojo electrónico, el robot.

Kramer se preguntó:

«¿Cuánto tiempo tardaré en quedar reducido a cenizas?»

Se sabía alto con su metro noventa y cinco, pero aquellos seres, con no menos de dos metros y medio de estatura, le hacían sentirse pequeño, insignificante.

CAPITULO VIII

Les observó atentamente y pudo constatar su forma humanoide con ligeras variantes. Nariz más aplastada y boca saliente, parecida al hocico de un perro con dentadura pequeña pero muy completa de dientes diminutos colocados en forma de sierra. Por su boca, demostraban estar muy evolucionados, ya que no poseían grandes colmillos para cazar.

Sus manos y pies eran semejantes a los conocidos, más o menos grandes.

Lo que más destacaba en ellos, aparte de la ausencia total de vello, tanto en la cabeza como en el cuerpo, era el color violáceo de su piel que podía verse bien, ya que sólo vestían un taparrabos al estilo egipcio tejido con hilo de oro que les cubría delante y detrás lo justo.

Por sus musculaturas los imaginó muy fuertes. Iban desarmados, aunque para armas había más que suficiente con el robot que les acompañaba y que al parecer debía de obedecer las órdenes directas de aquellos seres tan extraños, jamás catalogados ni vistos.

Con la cámara de televisión les estuvo encañonado.

Suponía que sus imágenes podrían verse ahora en los monitores.

Conectó el emisor para que pudieran escuchar cuanto se hablara.

Pensó que era inútil tratar de desenfundar su pistola Laser para defenderse. El robot podía reducirlo a cenizas antes de que consiguiera sacarla.

La situación, que duró unos segundos, se hizo tensa, difícil. Uno de aquellos extraños seres se adelantó un paso y habló unas palabras con su voz fina en un idioma que Kramer no entendió en absoluto. Se limitó a responderle:

—Lo siento, no les entiendo.

El extraño ser tendió su mano hablando de nuevo y mirando la cámara de televisión portátil que tenía forma de pistola. Comprendió que la temían y le ordenaban que se desarmase o quizá el robot se encargaría de terminar con él. Antes de que se impacientaran demasiado, le tendió la cámara de televisión.

Aquel ser siguió diciendo cosas. Le apuntó con la cámara y oprimió todos los botones que tenía, comprobando que Kramer no se asustaba lo más mínimo.

Pasó la cámara a otro de sus compañeros. Este la examinó con rapidez y la devolvió al primero. Este la tendió a Kramer y el capitán pudo ver en ello un gesto amistoso. Nuevamente, aquel extraño sujeto volvió a hablar señalando la pistola Laser que llevaba en la funda.

Kramer pensó que mejor era obedecer. Para él, aunque aquellos

seres lo ignoraran, era más importante la cámara televisiva con su transmisor-receptor incorporado que la propia pistola Laser. No dudo en entregar el arma.

Aquel ser apretó el gatillo y el rayo pasó muy cerca de la cabeza de Kramer. Este no se movió.

Los extraños hombres comprobaron que el rayo Laser había provocado un agujero en la pared. Arrojando el arma, dijo algo en voz bien alta.

El robot entró en acción soltando su mortífero rayo infrarrojo. La pistola quedó totalmente destruida.

Por último, aquel ser se interesó en la bolsa que llevaba Kramer. Este se la entregó. Observaron con atención los repetidores de ondas. No les parecieron peligrosos, ya que ellos debían de entender bastante de armas, y le devolvieron la bolsa, lo cual Kramer agradeció, pues pensaba distribuirlos por las galerías. Si era trasladado a otra parte, que pudiera seguir comunicándose con su gente. Aquello era vital para él.

El enigmático sujeto lo cogió por el brazo empujándolo hacia delante al tiempo que le hablaba. Dos de ellos se pusieron delante echando a andar y los otros dos detrás, con el robot en el centro cubriendo su espalda. No le habían podido poner celador más peligroso.

A medida que aquellos extraños seres avanzaban, se encendían luces que Kramer hubiese jurado no existían antes en la galería.

También se iluminó la sala octogonal, distribuidor de todas las galerías de la pirámide, una sala por donde ya había pasado Kramer en multitud de ocasiones.

Después, se introdujeron por una galería aún desconocida para el comandante de la pentasónica. Al final de la misma hallaron unas escaleras, esta vez ascendentes.

Subieron por ellas unos diez o quince metros. Kramer no pudo calcularlo con exactitud pero sí fue dejando caer los repetidores de ondas a su paso para no perder el contacto con el exterior. Aquellos muros graníticos resultaban demasiado gruesos para no cortar las ondas que la cámara portátil emitía.

Arribaron a una gran sala, cuadrada también y con el doble de amplitud que la que guardaba el platíbolo.

Kramer vio multitud de material electrónico. Posiblemente, allí se receptaría la energía eléctrica producida por la pila atómica subterránea y a través de las computadoras se distribuiría por toda la pirámide.

En aquella sala de control y mando, Kramer descubrió a más de aquellos extraños seres. Era paradójico. Una pirámide antes vacía aparentemente se hallaba ahora poblada por aquellos individuos que

a Kramer no le cabía duda alguna procedían de otro planeta.

Fue conducido a una mesa rectangular que por cabecera tenía una avanzadísima computadora. Prácticamente con señas, le obligaron a sentarse al otro extremo de la mesa, frente a la computadora. Temió que aquellos seres fueran esclavos de la máquina, pero pronto pudo deshacer su error.

Dos de aquellos seres se sentaron a un lado de la mesa y los otros dos en el lado opuesto. En pie, tras Kramer, el vigilante robot. A aquel monstruo electrónico sólo le haría falta una seca orden y Kramer pasaría del mundo de los vivos al de las cenizas en escasos segundos.

¡Frente a Kramer quedó una especie de micrófono sujeto a la mesa. Kramer entendió que debía de hablar por él, pero, ¿qué decir?

—Me llamo Kramer —comenzó—. Tengo el grado de capitán y pertenezco a la patrulla pentasónica. Dependo de las Naciones Unidas y trabajo para la paz de la Tierra. Los habitantes de este planeta buscamos la paz...

Bajo la atención de aquellos extraños seres siguió hablando mientras la computadora absorbía sus palabras, sus tonos, sentidos y giros.

Kramer hablaba y hablaba, percatándose de que lo que hacía era alimentar la computadora. Por ello, empleaba el máximo de palabras posibles, dando sentido a todas ellas. Dos horas estuvo hablando sin cesar. Al fin, dijo:

—Creo que ya he explicado lo suficiente. —Y calló.

Los extraños seres dirigieron sus miradas hacia la computadora. A ésta se le encendieron varias luces piloto mientras en sus intestinos electrónicos se efectuaba una rapidísima digestión por impulsos eléctricos.

Apareció un quinto personaje que encarándose con la computadora la manipuló. Después, habló tras un micrófono. La computadora repitió sus palabras pero, con gran sorpresa de Kramer, en su propio idioma.

—¿Dispuesto para conversar, terrestre?

—Sí, preparado —repuso con voz ronca.

La computadora hablaba con una voz fina. La graduación de su trompetilla más se parecía a la voz de una mujer, aunque aquellos seres también tenían la voz más fina que Kramer.

Uno de los que estaban sentados a la mesa habló en voz alta, en tono interrogante. La computadora tradujo de inmediato a la lengua de Kramer.

—Diga quién es.

—Ya lo he dicho antes.

De nuevo habló el hombre de antes y la computadora volvió a traducir.

—Insisto, diga quién es, olvidé cuanto ha dicho antes. Responda a cuanto se le pregunte.

—De acuerdo —asintió Kramer respondiendo concretamente.

Con la computadora por intérprete se inició el interrogatorio. Kramer fue respondiendo preguntas sobre la civilización en que vivía pero teniendo muy en cuenta no revelar secretos que después pudieran ser fatales para su civilización. En cuanto tuvo ocasión preguntó de inmediato:

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos silvernitas.

—No conozco esa civilización. ¿De dónde proceden?

Siempre a través de la computadora se desarrolló el diálogo. Sólo uno de aquellos seres parecía autorizado a responder.

—Venimos del planeta Silver.

—Desconozco ese planeta. ¿Es alguno perteneciente al sistema solar pero cambiado su nombre?

—No. Silver pertenece al sistema de la estrella Torio Fanama y se halla a treinta años luz de este planeta azul.

—¿De modo que no son terrícolas?

—No, silvernitas, es lo que somos —insistieron.

Kramer se satisfizo al constatar que el emisor de su cámara estaba conectado y todo cuanto allí se hablaba seguía transmitiéndose al exterior.

—¿Cuándo arribaron a la Tierra?

—Setenta años antes de que comenzara nuestro letargo, es decir, nuestra liofilización o sueño milenario.

—Entiendo. Ese sueño ha durado seis o siete mil años, ¿me equivoco?

—Según nuestros controles ha durado seis mil ochocientos veintitrés años.

—Que sumados a los setenta anteriores son seis mil ochocientos noventa y tres.

—Exacto. Eso es lo que hace que arribamos a la Tierra.

—Pues serán ustedes muy viejos, ¿no?

—Los silvernitas vivimos un equivalente a los doscientos ciclos solares o años de los terrícolas.

—Correcto. No son viejos si descontamos los milenios que han permanecido dormidos.

—Usted, terrícola Kramer, entiende correctamente.

—Pero, ¿para cuánto tiempo habían programado su sueño?

—Quince milenios.

—De modo que nuestra presencia ha turbado ese largo sueño de quince mil años.

—Sí, terrícola. Su inoportuna presencia violando nuestra pirámide

ha interrumpido nuestra liofilización.

—¿Les perjudicaría tal hecho?

—Físicamente, no. Una vez liofilizados en la sala del frío, de la que hemos salido hace pocas horas gracias a la intervención del robot, podríamos haber permanecido mil milenios si se hubiera hecho preciso. Lo que ignoramos es lo que nos rodea y usted debe decírnoslo.

Kramer comprendió la intención del silvernita. Decidió ser prudente, preguntar más que responder.

—Pero, ¿por qué dormir quince milenios exactos?

—Cuando construimos la pirámide y decidimos dormir durante milenios, habitaban estas tierras el reino más civilizado del planeta.

—¿Los egipcios?

—Sí. Un rey que ellos llamaban faraón los gobernaba autocráticamente. Nosotros pasamos todos los datos a nuestros cerebros electrónicos y dedujeron que la civilización de los terrícolas avanzaría en su lógica evolución.

—¿Quisieron calcular cuántos años tardaríamos en estar a su altura?

—Así es, terrícola Kramer.

—¿Y qué resultado arrojó la computadora, quince milenios?

—No, veinte milenios.

—¿Por qué dormir entonces sólo quince?

—Nosotros deberíamos despertar con cinco mil años de adelanto evolutivo sobre los terrícolas.

Kramer entendió lo que significaban aquellas palabras. Los silvernitas deseaban estar más avanzados para imponerse a través del superdesarrollo de su técnica.

—Parece que su computadora se equivocó al pronosticar. Hemos avanzado más en esos siete mil años que en los quince mil que pronosticaron.

Cuando el cerebro electrónico tradujo, los silvernitas se miraron entre sí, preocupados. Antes de que le bombardearan a preguntas, Kramer se les adelantó:

—¿Por qué vinieron a la Tierra?

—En nuestro sistema hubo una gran guerra. El planeta Silver contra el planeta gemelo Cuprus. Nuestra inferioridad era un tanto manifiesta. El ataque de Cuprus era de destrucción total y se dio la orden de lanzar al espacio los proyectos de supervivencia de la especie silvernita.

—Y una de las expediciones fue la que llegó a la Tierra, es decir, ustedes.

—Así es, terrícola. Nuestra expedición fue enviada al planeta azul. Cuando nos posamos sobre él, tras observarlo atentamente, nos

percatamos de lo primitivo que se hallaba en su evolución. Decidimos descender donde la civilización terrícola estaba más adelantada.

—Y su poder y ciencia se impuso sobre los egipcios.

—Primero tuvimos una pequeña escaramuza que ellos llamaron gran guerra contra los dioses. Tuvimos que desintegrar a algunos millares de egipcios antes de que terminaran postrándose a nuestras plantas. El faraón decidió aceptar nuestras órdenes y nos colmó de regalos. Entre ellos, nos proporcionó todo el oro que le pedimos y otros metales. También millares de esclavos para trabajar y cuanto nos hizo falta.

—¿Y ustedes le dieron algo a cambio?

—Sí. Le enseñamos parte de nuestra ciencia en arquitectura, ingeniería, el trabajo del metal y el cincelado y cálculo de la piedra. Hierbas medicinales, adelantos en la cirugía médica y otras cosas.

—¿Empezaron ustedes a colonizar la Tierra?

—Nosotros no llegamos a colonizar sino a sobrevivir. Si los silvernitas vencíamos a Cuprus debíamos regresar a nuestro planeta. Por ello, nos mantuvimos en comunicación con Silver pese a la distancia y el intervalo entre mensaje y mensaje. Durante ese lapso de tiempo fuimos más bien amigos de los egipcios. No había llegado el momento del dominio total y de apoderarnos de la Tierra como planeta para sobrevivir y repoblar la especie silvernita.

—Entiendo. Los egipcios, pese a todo, tuvieron que estarles agradecidos.

—Ellos no podían nada contra nosotros, en cambio nosotros lo podíamos todo. Pero los silvernitas no exterminamos por el simple placer de matar, sino por necesidad cuando llega el momento crítico de escoger un plan.

—Si un bosque lleno de árboles estorba para el paso, hay que talarlo en su totalidad.

—Estamos muy adelantados y entendemos tu metáfora, terrícola. Así es. Si para que sobreviva la especie silvernita es preciso arrasar toda vida terrícola, se arrasará. Nosotros no pactamos, imponemos y dominamos.

—¿Y qué ocurrió con Cuprus?

—Venció. El planeta Silver fue totalmente ocupado y la vida silvernita aniquilada. Sólo quedamos las expediciones de sobrevivencia y por los mensajes que pudimos captar antes de la derrota total, sólo nuestra misión había conseguido llegar a su destino. Las demás habían fracasado.

—¿De modo que ustedes son los últimos silvernitas?

—Sí. Somos lo que queda de la que fue una floreciente civilización.

—¿Por qué construyeron la pirámide y se liofilizaron?

—La liofilización es un método muy empleado para los largos viajes interestelares por los silvernitas. Hemos conseguido un método perfecto, sin fallos. Se pueden viajar muchos años luz y despertar sin fatiga ni envejecimiento alguno al término del viaje que ha sido controlado automáticamente por nuestros controles de las computadoras. Recibimos el último mensaje advirtiéndonos que Cuprus se había enterado de nuestros proyectos de supervivencia y como ansiaba una total aniquilación del pueblo silvernita estaba dispuesto a rastrear todo el Universo si se hacía necesario. Vendrían en nuestra búsqueda y nos destruirían, anulando de esta forma todo vestigio silvernita y evitando una venganza posterior por el genocidio de los silvernitas. La última orden que recibimos fue la de poner en marcha el plan Y-Z.

—Supongo que el plan Y-Z era el de liofilización y escondite total para que Cuprus no les hallara.

—Eso es, terrícola. Teníamos veinte años de tiempo. Cuprus es más adelantado, puede viajar a la velocidad de la luz. Iniciamos la construcción de esta pirámide en un valle rocoso.

—Quisiera saber si la pirámide la copiaron del sistema de construcción fúnebre de los egipcios.

—En absoluto —respondió el cerebro electrónico traductor tras recibir las palabras de boca de los silvernitas, totalmente ininteligibles para Kramer.

—¿Las pirámides son un sistema de construcción propio de Silver?

—Exacto, terrícola Kramer. En nuestro planeta construimos pirámides para escapar a los abundantes meteoritos que se precipitan sobre nuestro suelo. La pirámide es una edificación segura.

—Entonces, fueron los egipcios quienes copiaron las pirámides de ustedes.

—¿Acaso hay más pirámides en la Tierra?

—Sí, hay varias pirámides milenarias pero no sepultadas bajo la arena. En ellas eran enterrados los grandes faraones para que, según su creencia, pudieran vivir en la otra vida.

—Los egipcios nos imitaban en todo. Nos consideraban dioses. Por ello, al ver que nosotros nos encerrábamos para viajar a una vida mejor, ellos lo tomaron al pie de la letra e hicieron lo propio en cuanto tuvieron ocasión.

—Sí, eso creo. Debieron enseñarles muy bien, porque levantaron sus pirámides de forma perfecta, resistiendo el paso de los milenios aunque no son tan altas como la vuestra.

Kramer comprendió entonces el deseo de los faraones egipcios de sobrevivir, de viajar al Más Allá como sus dioses venidos de otros mundos.

Guardaban sus barcas al igual que habían hecho los silvernitas con

su platíbolo, enterrándose también en sarcófagos de oro. Introducían en el mausoleo cuanto les pertenecía para el viaje de la muerte imitando a los silvernitas que nada se habían dejado fuera de la pirámide, ya que al despertar todo les haría falta.

Lo que no comprendieron los ingenuos y subdesarrollados egipcios, comparados con los silvernitas, es que éstos no morían, sólo se aletargaban científicamente mientras que ellos sí morían y jamás volverían a despertar.

—Los egipcios nos trajeron el granito que hacía falta. Nosotros les enseñamos de dónde veníamos, les mostramos el cielo estrellado y sus secretos. La pirámide fue levantándose tal como nosotros planeamos al tiempo que de las minas se extraía el mineral que solicitábamos y nosotros componíamos toda la maquinaria que nos hacía falta.

—¿Incluso la pila atómica?

Los silvernitas se miraron entre sí, preocupados.

—¿Tienen ya los terrícolas el secreto de la energía nuclear?

—Para obtener energía eléctrica en la Tierra, sólo utilizamos dos procedimientos: la hidroeléctrica y la energía atómica. Ya les he dicho que hemos adelantado más aprisa de lo que pronosticó su cerebro electrónico pero, sigan. Los egipcios construyeron la pirámide, ustedes se liofilizaron dentro y después, seguramente por orden suya, los egipcios bajo el mando de su faraón les sepultaron en la arena tras arduos años de trabajo.

—Así es, terrícola, ellos nos enterraron. Les advertimos que cuantos habían trabajado en el proyecto de la pirámide debían de morir en el desierto o nos levantaríamos para exterminar a todo el pueblo egipcio.

—Debieron cumplir su mandato, ¿verdad?

—Seguro. El faraón era muy temeroso de nuestro poder. En realidad, de cuantos conocían nuestro proyecto, sólo podían salvarse el faraón y cuantos llevaran su misma sangre. El resto debía de morir y el faraón cumpliría su palabra, ya que han pasado casi siete milenios sin que fuéramos descubiertos. ¿Cómo es posible que ahora hayan violado la pirámide?

—Estamos en un tiempo en que nuestra ciencia estudia el pasado. Tras descubrir la cúspide de la pirámide decidieron desenterrarla.

—¿Cuántos miles de esclavos han empleado para desenterrarnos?

—Ninguno, ya no hay esclavos en nuestra civilización, todos somos iguales. Entre pocos hombres que han abandonado el territorio y muchas y poderosas máquinas se ha desenterrado la pirámide. Tenemos mucho poder, ya lo he dicho. Si su deseo es sobrevivir en paz, las Naciones Unidas, el Gobierno que une a todos los pueblos de la Tierra, decidirá sobre ustedes.

—¿Decidir sobre nosotros? No, sobre los silvernitas nadie decide.

No es posible que los terrícolas hayan avanzado tanto que su poder y ciencia sea superior a la nuestra.

—Ustedes tienen un platíbolo y son como un centenar. Nosotros poseemos miríadas de naves y somos más de cuatro mil millones de seres.

Los silvernitas no daban crédito a lo que la computadora les traducía.

Desconectaron la máquina unos instantes y hablaron rápida y nerviosamente entre ellos.

Al fin, volvieron a conectar la computadora para decir a Kramer, representante en aquellos instantes de la raza terrícola:

—Nosotros no pactamos ni nos sometemos a nadie. Puede que los terrícolas hayan avanzado como dice, pero nosotros poseemos medios para aniquilar la Tierra y escapar a tiempo. Si los terrícolas no se someten, los exterminaremos a todos como hizo Cuprus con los silvernitas.

—¿Y si los terrícolas se someten?

—Entonces habrá paz. Se hará un desarme total de los terrícolas. Destruirán todas sus máquinas y vivirán en la forma, orden y trabajo que nosotros ordenemos. Es su única posibilidad de sobrevivir.

—Mis congéneres terrestres jamás se someterán a la esclavitud de seres venidos de otros mundos.

—En ese caso, habrá destrucción total. Nos liofilizaremos dentro de la nave y computaremos a ésta para que durante varios milenios de vueltas en órbita alrededor de la Tierra. Cuando la Tierra se haya purificado, cuando en ella comience de nuevo la vida vegetal, bajaremos y seremos dueños de ella sin tener que luchar contra nadie. Podremos reproducirnos, con tranquilidad. Nuestra misión es dominar y reproducirnos, no someternos. La raza silvernita no debe desaparecer jamás. Cuando nos hayamos hecho fuertes, enviaremos expediciones bélicas a Cuprus para vengar la aniquilación de los nuestros.

—Un rencor y una venganza que dura milenios es algo superior a la mentalidad de los terrícolas.

En aquel instante, en voz baja y hablando en francés (pues tenía graduado el tono del receptor) escuchó la llamada de Svetlana.

—Kramer, atención, Kramer…

—¿Qué ocurre? Habla, no puedo responder —susurró simulando toser sobre la cámara que permanecía quieta sobre la mesa, enfocándolos a todos.

—La superioridad está reunida escuchando en directo cuanto habláis —dijo Svetlana apresuradamente—. La orden es tajante: destrucción de la pirámide y los silvernitas.

Los extraños seres extraterrestres habían oído la voz femenina

pero el cerebro electrónico no había podido traducir sus palabras e indicó negativo.

El silvernita que semejaba mandar dio una orden al robot. Este caminó dos pasos de costado disparando su mortífero rayo infrarrojo. La cámara televisiva fue destruida dejando a Kramer totalmente incomunicado.

CAPITULO IX

En la mente del capitán Kramer rebotaban las palabras de los silvernitas.

—Tú eres nuestro prisionero, nuestro esclavo. Nos dirás cuanto nos haga falta saber para someter a la Tierra. Nos indicarás lo que hemos de descubrir. Nuestra nave es indestructible para vosotros y desde ella podemos arrasar el planeta entero si es preciso pero nos limitaremos a destruir vuestros ingenios, vuestras factorías y armamentos. La Tierra será nuestra.

En efecto él era su prisionero, y, ¿de qué métodos dispondrían para hacerle hablar? Kramer lo ignoraba y por tanto su preocupación iba en aumento. Por supuesto, con dolor, con la mismísima muerte por amenaza, no le harían hablar, pero si estaban tan adelantados, ¿tendrían algún aparato electrónico para exprimirle el cerebro como si fuera un limón?

Le molestaban profundamente los métodos en que la voluntad humana quedaba anulada. Recordó los últimos experimentos sobre el RNA y el DNA. Se había conseguido extraer todo el ácido nucléico de un ser humano, inyectándolo a otro y haciéndoselo asimilar. Lo que los terrícolas no habían conseguido con éxito todavía, transmitir toda la memoria al ser al que se le inoculaba, ¿lo habrían logrado los silvernitas? ¿Le extraerían el RNA, para inoculárselo a uno de ellos mismos?

Las preguntas sin respuesta bombardeaban el interior de su cráneo, rebotando de una pared ósea a la opuesta. Sólo había una solución: Escapar.

Lamentó no tener su pistola Laser. Si no le servía para el robot que le acompañaba, sí podía servirle para los silvernitas que no debían de ser inmunes al Laser.

Lo que más sintió fue la destrucción de la cámara televisiva, emisor-receptor de radio, con la que dar la orden de fuego. No le importaba morir estando dentro de la pirámide, pero también tenía una duda: ¿Podría la carga nuclear de la pentasónica destruir toda la pirámide? Los silvernitas la habían construido a conciencia.

Múltiples planes se barajaban en su mente, pero había uno de ellos que era inminente: debía de escapar.

El robot le conducía por una de las galerías, seguramente a una celda granítica.

Los silvernitas tenían plena confianza en su destructivo robot, ya que le habían enviado a él solo custodiándole.

Kramer caminaba delante del maldito y gigantesco engendro

electrónico que le pasaba más de medio metro de altura.

Cuando llegaban a una intersección de caminos, el robot le indicaba el que debía de seguir lanzando su rayo destructivo hacia la galería donde Kramer no debía entrar so pena de ser exterminado. Era un lenguaje muy drástico pero efectivo y harto convincente.

Se había dado cuenta de que aquellos seres, tras abandonar sus sarcófagos o cámaras de liofilización donde habían yacido siete milenios, se habían distribuido rápidamente por la pirámide, cada uno dedicado a una labor específica.

Estaban perfectamente organizados, desde los manipuladores del sistema de computadoras y control hasta la planta-taller donde con sus máquinas podían construir cualquier pieza o herramienta que les hiciera falta. Eran autosuficientes y mortalmente peligrosos.

Se acercaba al nudo de comunicaciones que constituía la sala octogonal cuando Kramer decidió jugarse el todo por el todo.

Sin dejar de caminar, se sacó el jersey.

El robot no estaba preparado para aquella maniobra por parte de su prisionero.

Kramer temió que le fulminara, pero el robot siguió caminando. De pronto, se encontró con que el hombre le lanzó el jersey a la cabeza, cubriendo su ojo electrónico.

Automáticamente, el robot disparó su rayo al verse atacado pero Kramer ya no estaba en el lugar que ocupara con anterioridad, escapando a ser reducido a simples cenizas.

Corrió hacia la sala octogonal.

Podía escoger el camino de la salida de la pirámide, pero pensó que el camino de la simple libertad era el más peligroso. El robot le cazaría con sólo asomarse a la puerta y él, corriendo, no llegaría lo suficientemente lejos para escapar a su rayo. Debía elegir otra de las galerías y así lo hizo.

Tomó la galería que conducía al ascensor que subía hacia la cúspide.

Saltó al interior del amplio camarín y éste se puso en marcha. Por el momento había escapado al rayo destructor del robot, pero, ¿con qué se encontraría arriba?

No tardó en averiguarlo.

En el hangar del platíbolo había un silvernita, mucho más alto que Kramer y también más fornido y musculado.

Kramer no lo pensó dos veces. Salió en tromba del interior del ascensor, embistiendo como un búfalo con la cabeza por delante a la boca del estómago del silvernita.

Este encajó el golpe con un fuerte chillido de dolor y respondió con dos fuertes puñetazos sobre la espalda del americano.

El humanoide tenía fuerza y Kramer estuvo a punto de doblar las

rodillas, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano aguantó y se ladeó cuando iba a recibir otro golpe en plena cabeza.

El silvernita no resultó tan rápido como él y decidió contraatacarle.

Kramer pensó que una mezcla de karate y judo no le iría mal con aquel tipo. Tenía fuerza y poder, pero no era excesivamente ágil ni diestro en la lucha.

Peleando, se acercaron al borde del abismo donde las grandes compuertas se hallaban abiertas. Allí, la luz y el aire caliente del desierto entraban avasalladores.

Agarró por una muñeca al silvernita y haciéndole la llave tercera de hombros de judo, lo lanzó al vacío en un vuelo mortal.

Cuatrocientos metros de altura había bajo los pies del extraterrestre o, lo que era peor para él, bajo su cabeza.

El silvernita aulló como una bestia cuando se precipitaba al abismo. La altura era más que impresionante. Rebotó contra las paredes de la pirámide que, como era lógico, no eran perpendiculares sino que hacían plano inclinado.

Su cuerpo, cada vez que rebotaba contra la pared, saltaba de nuevo hacia delante, destrozándose.

Al mirar hacia el ascensor, vio que éste había desaparecido. Supuso lo peor, por lo que decidió esconderse tras el platíbolo.

No tardó en aparecer el elevador con el maldito robot dentro. Estaba hecho un perfecto sabueso. Ya no tenía el jersey encima y si sus transistores eran capaces de sentir algo, debía de estar furioso contra el fugitivo.

El robot quedó quieto, expectante.

Su ojo electrónico recogió cuanto había delante de él, buscando a Kramer. Este, oculto tras el platíbolo, no se dejaba ver.

El robot, que no le había captado, determinó aproximarse al borde de la gran abertura donde el platíbolo cabía justísimo.

Inclinó su cabeza. El cuello articulado cedió y pareció escrutar algo, quizás el cadáver del silvernita.

Kramer comprendió que aquel era nuevamente el momento de jugarse el todo por el todo. Debía apresurarse. Si el robot giraba la cabeza, estaba perdido.

Gracias a sus zapatos especiales que no hacían ruido, corrió hacia el robot.

Cuando tenía la distancia precisa, se lanzó contra él con las piernas encogidas y los pies por delante.

El salto fue digno del mejor atleta olímpico. Los hombres de la patrulla pentasónica estaban bien entrenados y adiestrados.

Aquella especie de coz humana alcanzó al robot en mitad de la espalda. Por supuesto, el golpe no le hizo nada, pero sí perdió el

equilibrio.

Al hallarse al borde de la gran compuerta, falto de agilidad, no pudo evitar precipitarse pirámide abajo. El robot no chilló como el silvernita, pero dejó oír golpes metálicos al chocar contra los bloques de granito en su destructora caída, golpes que no tardaron en sonar a chatarra.

Kramer, que por muy poco no se despeñó tras el robot debido al fuerte impulso del salto, suspiró al ver aniquilada aquella maldita máquina.

Comprendió que no tardaría en darse la alarma en el interior de la pirámide y que debía huir.

Frente a él estaba la gran puerta y sin dudarlo decidió salir por ella, pegándose a los bloques de granito, a sus encajes, como si de un lagarto se tratara.

Sabía que subirían más silvernitas y que a través de aquella compuerta podían descubrirle.

Decidió trepar hacia lo alto e intentar bajar por otra de las caras de la pirámide, lejos del alcance de la vista de los silvernitas.

Conforme ascendía hacia la cúpula, el viento se hacía más fuerte. A punto estuvo de ser arrancado de la pared y lanzado al vacío.

Pensó que era una suerte llevar camisa. El sol resultaba ciertamente abrasador.

Siguió subiendo hacia el remate. Tenía que escapar, por lo menos a él no le exprimirían el cerebro para averiguar cuánto quisieran con la intención de someter a la humanidad.

Cuando alcanzó la cúspide, se agarró al último bloque de granito que en sí mismo constituía una pirámide perfecta en miniatura.

Respiró hondo, estaba agotado. La ascensión había sido dificultosísima. Sus labios estaban resecos y las manos le ardían, despellejadas.

De pronto, en el cielo apareció un mini-atomcóptero, que ascendió por una de las caras lisas, sin abertura, de la pirámide. Llegó hasta la misma cúspide, deteniéndose junto a Kramer.

—¡Svetlana! —exclamó Kramer al reconocerla—. ¿Estás loca, cómo te has arriesgado tanto?

—Por favor, sube, vas a estrellarte. Te hemos estado observando.

Se abrió la carlinga plástica y cuidadosamente para no precipitarse al vacío, pasó al interior de la pequeña nave.

—Uf creí que no lo contaba —suspiró—. Vamos pronto a la pentasónica. Hay mucho trabajo que hacer.

CAPITULO X

El mini-atomcóptero cruzó el firmamento que, de tan luminoso, parecía blanco, dirigiéndose raudo a la nave pentasónica.

En ella aguardaban los hombres de Kramer, los profesores Renoir y Hamson y el teniente Onopoulus.

—¡Teniente!

—Diga, mi capitán. Creí que no volveríamos a verle. La superioridad ha dado ya orden tras escuchar a esos silvernitas a través de la emisión en directo que usted, tan arriesgadamente, les ha proporcionado.

—Bien. Controlemos nuestros relojes. Dentro de treinta minutos exactos dispararemos la carga nuclear hacia la boca de la pirámide.

—Descuide, capitán. La carga se internará dentro de la pirámide y hará explosión en la sala octogonal, distribuyendo su onda explosiva y térmica a través de las galerías que desembocan en dicha sala.

—Bien, no espero menos de ustedes. Ahora, me llevaré unas cargas nucleares portátiles que serán detonadas en el mismo instante en que estalle la carga nuclear lanzada por la pentasónica.

Todos se lo quedaron mirando con los ojos muy abiertos.

Svetlana, angustiada, preguntó:

—No estarás diciendo que vas a entrar ahí de nuevo, ¿verdad?

—Hay que destruirlo todo, hasta el subsuelo de la pirámide. No existe otra alternativa.

—¡No, tú no volverás a entrar!

Kramer disparó su puño golpeando el mentón femenino en forma justa y precisa.

—Lo siento, cariño, no hay tiempo para discutir. Ustedes —ordenó a dos de sus soldados— pónganla en una litera y cuando despierte, usted, teniente, dígale que la amo y que me hubiera gustado casarme con ella.

A todos se les hizo un nudo en la garganta. Kramer iba a suicidarse prácticamente yendo más allá de su deber para conseguir una labor perfecta, una destrucción total de los invasores de la Tierra.

Le entregaron las cargas nucleares portátiles contenidas en bolsas de lona que casi doblaron su cuerpo a causa del peso.

También se proveyó de un fusil Laser y retornó al mini-atomcóptero, la pequeña nave de gran autonomía.

—Recuerde, teniente, a la hora exacta haga fuego. Si no me ve, no se preocupe, olvídese de los sentimientos. Mis recuerdos a Svetlana.

Todos le vieron marchar en solitario.

Se internó en la carlinga del mini, muy fácil de maniobrar para un

experto en navegación aérea como él, y ascendió en busca de la abertura de la sala del platíbolo.

Antes de entrar comprobó que no hubiera nadie.

Se posó suavemente dentro del hangar y colocó una de las cargas nucleares debajo del platíbolo, en el lado opuesto a la puerta del ascensor para que no fuera descubierta con facilidad.

Por lo visto, no le buscaban aún.

El ascensor, con gran celeridad, le bajó hacia las entrañas de la pirámide.

Recordó la primera vez que fuera capturado y decidió que no volvería a caer en la misma trampa.

Se aplastó boca abajo contra el suelo de la cabina con el fusil Laser por delante en dirección a la puerta.

Esperó a que la velocidad de descenso se suavizara. Después, apareció la puerta y la luz de su casco iluminó a cinco silvernitas que le aguardaban allí, ahora sin robot.

No dudó un instante.

Apretó el gatillo y el rayo de la muerte los barrió materialmente a todos.

Los silvernitas cayeron muertos al suelo y Kramer agradeció la ausencia del robot. Se puso en pie, tomó su carga nuclear y abandonó el ascensor.

Apuntó hacia él con el Laser, disparando e inutilizándolo para que ninguno de los silvernitas consiguiera llegar al platíbolo.

Corrió por la galería hasta la sala octogonal, nudo de comunicaciones.

Eligió la galería que conducía a la pila atómica. Descendió los escalones y al llegar a la gran sala de las instalaciones atómicas se encontró con varios de aquellos seres.

Disparó su Laser y media docena de ellos rodaron por el suelo.

Corrió por la sala buscando un lugar estratégico para situar la carga nuclear portátil ya activada que dispararía al segundo exacto marcado por su reloj. Los minutos transcurrían con rapidez.

Colocó la carga cerca del núcleo de la pila. Unos muros de granito la protegían, pero esperaba que reventaran con la carga quedando libre el núcleo y produciéndose la gran explosión.

Abandonó la sala para regresar a las escaleras.

Se encontró a dos silvernitas armados que descendían por ellas, seguramente le buscaban.

Su fusil Laser barrió a los extraterrestres que, ya cadáveres, rodaron por los peldaños. El Laser era un rayo que apenas duraba unos segundos, pero su poder era terriblemente letal.

Ahora, sólo le restaba llegar a la sala octogonal y escapar por la puerta de entrada, regresando a la pentasónica. Mas, se encontró, con

que tres silvernitas, acompañados de un robot, avanzaban hacia él.

—Ya me extrañaba a mí que sólo tuvieran uno de esos malditos bichos mecánicos.

Tenía que luchar si deseaba escapar y así lo hizo, con la rabia y fiereza sólo propia de un humano.

Barrió con el Laser a los silvernitas antes de que tuvieran tiempo de abatirle a él.

El rayo de la muerte resbaló sobre el caparazón del robot, nada le hacía.

Se hallaba a muy poca distancia del monstruo electrónico y arremetió contra él, lanzándolo de cara a la pared. Sabía que con ello no lo destruiría, pero sí le haría perder unos segundos preciosos que le ayudarían a huir.

El robot rebotó contra el muro por la embestida del hombre.

Kramer, emulando a los sprinters olímpicos más famosos, corrió hacia la salida antes de que apareciera otro monstruo como aquél.

Era seguro que el robot le perseguiría tratando de alcanzarle y lo lograría si no le hacía antes una jugarreta.

Corrió hacia la salida y bajó unos peldaños, rebasando la plataforma sobre la que descansaba el gran bloque de granito extraído por los científicos.

Saltó debajo del andamiaje metálico que sostenía plataforma y escalera y allí se ocultó.

El robot, recuperado, salió a la plataforma buscándolo con su ojo electrónico.

Kramer, que lo vigilaba, corrió por la arena hacia el lado contrario de la plataforma en que se hallaba el robot. Disparó su Laser y con él cortó las piezas de automecano.

La plataforma se inclinó rápidamente. El robot resbaló hacia el vacío.

La altura no era demasiada, pero el bloque de granito, que pesaba toneladas, resbaló también y cayó sobre el robot, aplastándolo.

Kramer no esperó más.

Corrió hacia la pentasónica cuando varios silvernitas aparecían en la puerta de la pirámide sin posibilidad de descender por la escalera que ya estaba destruida.

Kramer se revolvió, disparando. Barrió a varios de los extraterrestres.

Siguió corriendo pendiente arriba por la arena que disminuía su velocidad.

Desde la arena, junto a la nave, brotaron varios rayos Laser en su ayuda, haciendo retroceder a los silvernitas que querían escapar hacia el interior de la pirámide.

Al llegar junto a la nave pentasónica, consultó su reloj. Faltaba

poco, muy poco, para la gran destrucción.

—¡Todos arriba, sólo falta un minuto! —ordenó.

Todos se precipitaron hacia el interior de la nave patrulla.

El teniente Onopoulus había puesto el disparador automático y Kramer indicó tajante:

—Cierren todos los protectores de puertas y ventanas.

Unos suplementos, de una aleación metálica especial, taponaron los ventanales y puertas. La nave permaneció quieta cuando se disparó la gran carga.

—¡Kramer! —gritó Svetlana corriendo hacia él, ya despierta y sollozando de alegría al verle de nuevo.

De pronto, la nave se conmovió y ambos cayeron al piso, abrazados, mientras todo temblaba a su alrededor y dentro de sí mismos.

Sus bocas se unieron en un beso largo, prolongado, que bien podía ser el último.

La carga nuclear, tras penetrar por la puerta de la pirámide, explosionó en la sala octogonal esparciendo muerte y destrucción por todas las galerías al tiempo que estallaban las cargas nucleares portátiles.

El platíbolo fue destruido y la pila atómica, al estallar, hizo que millones de toneladas de granito se alzaran en el aire, despedazando la grandiosa construcción envuelta en un fuego tan poderoso que era blanco.

Piedras y metales se fundieron y la onda térmica se esparció por el valle.

La arena excavada, removida por la explosión, resbaló cubriendo en parte los escombros de la fabulosa pirámide, unos escombros irreconocibles en los que sólo podían verse restos de piedra tallada. Los metales se habían hecho líquidos.

Pasó el tiempo y los protectores de la nave pentasónica se abrieron.

A través de las ventanas pudieron ver la pirámide totalmente destruida.

Sujetando con su diestra hombros y espalda de Svetlana, Kramer dijo:

—Misión cumplida. Pasen el mensaje a la superioridad. La pentasónica emprende el regreso. Que nadie se acerque a la zona hasta que las ondas térmica y radiactiva hayan cesado.

—A la orden, mi capitán —asintió el teniente Onopoulus haciéndose cargo del volante de la nave.

Esta, en medio de un gran rumor, intacta, se elevó en el cielo. Emprendió el vuelo superando cinco veces la velocidad del sonido en dirección al centro de las Naciones Unidas. La Tierra se había salvado.

FIN